

Vida
Aristocrática



Vida Aristocrática



Revista del Hogar¹

SOCIEDAD • ARTE • DEPORTE • MODAS

Se publica los días 15 y 30

Suscripción: Dos pesetas al mes.

Número suelto: Dos pesetas.

PARA PUBLICIDAD PÍDANSE TARIFAS

Madrid - Goya, 3. Teléfono S.583

EL VIEJO PERIODISTA

HEMOS festejado los periodistas madrileños los muchos años de labor diaria que viene realizando un fraternal camarada y, siquiera por una vez, debe perdonarnos el lector que el comentario que nos sugiera el momento presente lo dediquemos a nosotros mismos, que no otra cosa significa el hablar del periodista y del periodismo en todos aquellos aspectos que se relacionan con su vida oficial y privada. El viejo Eusebio Montes es para nosotros, en estos momentos, un símbolo, algo consustancial con nuestra vida. Y no es porque llevemos trabajando junto a él—en la misma casa y en la misma mesa—muchos años: es que compendia el deslizarse por la vida de cuantos emborronamos cuartillas para la imprenta, de cuantos días tras día recibimos las mayores adulaciones y los más efusivos saludos de los indigentes y de los poderosos, sin perjuicio de sufrir luego las mayores diatribas por parte de los mismos que recibieron nuestros favores.

Cerca de cincuenta años lleva este veterano ejerciendo el sacerdocio de la letra impresa. Por la fuerza de la costumbre en esta nuestra hermandad le tuteamos al igual que si se tratara de un chico recién llegado a esta profesión de puerta abierta. Y sin embargo al contemplar su vida imaculada de hombre aturrido por un vivir demasiado intenso, nuestro corazón quiere prosternarse ante él, ante su rostro aguileño que parece arrancado de un cuadro del Greco, con su cabeza encanecida viendo cómo se deslizaban los días de la Presidencia del Consejo adonde acude por mañana y tarde para escuchar, de labios del titular de la casa, cuanto puede afectar al gran público de la nación. Es este el periodista tipo, el de la verdadera vocación, el que no ha tomado este vicio—que de tal hay que calificarlo—del periódico, como escalón ni como

pretexto, sino como base y como motivo de vida; el que estando acostumbrado a codearse con los más encumbrados luego ha de reducir su existencia a los medios tristes de los pobres de chaqueta; el que sirviendo a todos no recibe más que ingratitudes; el que sabe bien, muy bien, del valer cerebral de los altos personajes teniendo siempre la discrección de ocultar todo lo que no debe el público saber...

El periodismo es profesión a la que vamos los amantes de ella con los mayores entusiasmos, por verdadera vocación. Sin esta vocación, el que con nosotros convive, pronto nos abandona porque por dentro es dura, molesta, de pocos encantos. La gente nos mira y hasta nos envidia por la fuerza atractiva de la letra impresa sin pensar cuando nos lo dicen en que a mayor diversión para ellos más trabajo para nosotros. «¡Es que ustedes los periodistas...!» es frase que oímos de continuo pensando en nuestra vida de diversión, de trato con la gente de arriba, de influencia. El periodista es, para los que no nos conocen por dentro, hombre ahito de diversiones sin pensar en que podemos ser, y somos, hombres de hogar, de familia, que en fuerza de presenciar la comedia entre bastidores llegamos a sentir por actores y actrices la más profunda de las compasiones.

Este hombre ahora festejado, con cerca de medio siglo de profesión, viendo a diario a personajes influyentes, tratándolos con la familiaridad que da el continuo diálogo, apenas si podrá, el día que la salud no se lo permita, atender a las más perentorias necesidades. Su pluma, mil veces sagrada porque no ha sabido prostituirse, ha tenido que mentir muchas veces reconociendo talento y cualidades excepcionales a centenares de tontos y de imbéciles y ello no le ha servido más que para conocer por dentro a la gente sin que éstas hayan pensado nunca que un momento de sinceridad del periodista habría bastado para tirar por tierra su frágil pe-

destal. Si este hombre hubiera hablado o hubiera escrito a tiempo habría sido posible torcer muchas veces el curso de la Historia, y no obstante ha callado, porque así lo exigía el respeto y la consideración para el que no supo tenerse a él nunca. El periodista español, pueden creerlo los lectores, es más honrado de lo que la gente se figura.

La fuerza de la costumbre nos hace ver la vida por el lado alegre y cuando la realidad se ha presentado el patriotismo se ha impuesto por exigírselo el más rudimentario de los deberes. Testigo mudo en el desarrollo de los acontecimientos más importantes de la nación, nunca ha puesto su pluma al servicio del que mejor pagaba. Le ha bastado el saber que en su mano estaba el dominio del mundo para hacer dejación de su fuerza en favor de cualquier advenedizo sin más meritos que su ambición y su osadía. En los periodistas pueden encontrarse los últimos románticos de la España contemporánea, y no es muy ajeno a este grupo de *niños de Figaro* el viejo camarada a quien ahora se festeja.

Alegre, dicharachero, habla a todos, con el entusiasmo de un principiante, de sus primeras informaciones, de los momentos en que el pueblo de Madrid rendía tributo de sentimiento por la muerte de López de Ayala, a cuya descripción en los periódicos de entonces ya contribuyó Eusebio Montes, como ahora contribuye al relato diario de la información oficiosa del Directorio. El tiempo y su salud a prueba de enfermedades han dado motivo a este homenaje de ahora que cuantos escribimos a diario para el público debemos considerarlo como cosa propia, como tributo a una profesión digna de los mayores respetos, como ejemplo viviente de la abnegación con que laboran por el país los chicos de la Prensa...

LUIS BENAVENTE.

EL GOTHA DE LOS MULTIMILLONARIOS

Los periódicos de los Estados Unidos acaban de publicar, a dos columnas, los nombres de los mayores contribuyentes y la cifra exacta de las contribuciones que pagan anualmente al tesoro por centenas de miles y hasta millones de dólares. Una vez más la curiosidad apasionada del público ha podido quedar satisfecha. El Gobierno había pensado primero en prohibir esta publicación, pero no se lo permitía ninguna disposición legal, y así puede considerarse que la divulgación de las grandes fortunas americanas es de ahora en adelante cosa admitida una vez al año. La caja de caudales más voluminosa no es ya de metal, sino de vidrio. Todo el mundo puede mirar allí dentro y contar lo que contiene.

Nada más impresionante que esta lista. Es un torbellino, una cascada de miles de millones. Al ver las cantidades enormes que se lleva el fisco se puede juzgar sobre la enormidad colosal de algunas de estas rentas. Muchas de ellas son en realidad mayores de lo que parecen, ya que una importante categoría de valores, el papel del Estado, está libre de todo impuesto.

Toda Norteamérica puede así, durante unos días, contemplar con admiración, no exenta de orgullo, el desfile de sus multimillonarios, que son los nuevos príncipes de esta democracia. La lista que nos descubre sus fortunas es como un almanaque de Gotha.

Posee éste, como el otro, sus divisiones y su jerarquía, su primera y segunda parte. Va desde los soberanos en ejercicio, los reyes del co-

bre, del petróleo, de los automóviles y del «cine», hasta la muchedumbre de estos personajes con menos fortuna, pero con posición bastante desahogada, que les permite dar al recaudador la bagatela de cien mil dólares, que representan dos millones anuales de ingresos.

Rockefeller y Ford están a la cabeza de los contribuyentes, con impuestos de seis millones y de tres millones de dólares. Después viene la turba de financieros, industriales, hombres de negocios de toda suerte. Los «vedettes» del «cine» ocupan un puesto importante, el primero de todos, Douglas Fairbanks, con cerca de doscientos mil dólares. Después de él, ya bastante lejos, Gloria Swanson y Mary Picford.

Los artistas que no son de la pantalla, los literatos, por ejemplo, figuran en muy pequeño número, a lo que parece, en esta numeración. Sus nombres no se incluyen entre los de estos afortunados. Sólo los grandes abogados repre-

sentan bien que mal las profesiones liberales. En Norteamérica, como entre nosotros, pero menos todavía que entre nosotros, no es por ahí por donde corre el Pactolo.

En un país donde las fortunas privadas son tan numerosas y tan considerables, puede imaginarse lo que será la fortuna pública. Es una gran cosa para el Estado que en el arreglo de las deudas sea acreedor y no deudor, pues la mera publicación de este Gotha permite evaluar con un total enorme su capacidad de pago.

Podría creerse que la publicación de esta lista lleva el peligro de despertar los sentimientos de ambición y envidia. No sucede nada de eso, y el hecho es a la vez muy interesante y muy significativo. La masa del público se muestra más que nada orgullosa de sus ricos, y no piensa ni un solo instante en acusar y menos en vituperar. Plutócrata es un término puramente europeo, que no ha pasado todavía el Océano.

Buena parte de estos ricos eran pobres o casi pobres no hace muchos años todavía. Muchas de estas fortunas datan apenas de una generación. Nadie ignora que se ganan y se pierden con sorprendente facilidad. Cada uno se dice que posee, después de todo, suerte en esta gigantesca lotería. No piensa más que en acrecer su actividad y en aumentar sus bienes en vez de envidiar y de hacer daño al vecino. Toda su energía tiende a crear riquezas nuevas y no a compartir, aunque no sea más que en una pequeña parte, las que ya existen. — Raymond Recouly, en «Le Temps».

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
Glaces—Caramelos finos.
Cajas para Bodas
SALON DE TE

Serrano, 28

Teatro

LATINA.—*Volver a vivir* por Felipe Sassone.

LARA.—*El marido de la estrella* por Nozière, adaptación de Linares Rivas.

NOVEDADES.—*La sombra del Pilar* por Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.

Yo no he hablado nunca con Sassone e ignoro si es o no ameno en la conversación pero respondo de que su cualidad dominante es la de conversador. Es un conversador a través de la página impresa y todo lo que dice resulta interesante y simpático. Nacido en otro siglo y en otro país Sassone hubiera sido un estupendo autor de memorias, de reflexiones al estilo de La Rochefoucauld, de cartas como las de Madame de Sévigné. Sassone es un costumbrista, un moralista en las dos acepciones del vocablo; un psicólogo en cuanto la moral no puede vivir separada de la psicología. Claro que la moral de Sassone no es dogmática sino libre, intuitiva, independiente.

Volver a vivir, como casi todas las comedias del autor, es una conversación moral escenificada, un aspecto de las costumbres modernas llevado al teatro, una narración de extraordinario interés. No importan allí las acciones sino las ideas; no la fuerza dramática sino los parlamentos; no la comedia misma sino el comediógrafo.

Desde el punto de vista de la acción observaremos que en *Volver a vivir* apenas hay asunto. Dos actos para tramitar y llevar a efecto un duelo a muerte resulta demasiado. El interés no se halla tampoco sorprendido con soluciones originales a conflictos insospechados y, sin embargo, *Volver a vivir* es una comedia excelente, muy merecedora de los elogios que se le tributan.

Como todos los buenos conversadores, Sassone domina la visualidad y sabe llevarla a escena con la precisión que nos encanta en los grabados ingleses del siglo XVIII. Aquello es la realidad embellecida por la palabra vibrante de un conversador. El autor nos hace entrar en casa de don Angel León de manera que nada ignoremos de cuanto allí ocurre y, en efecto, pronto nos familiarizamos con los personajes que salen a escena y hasta con la Redacción del periódico que se queda entre bastidores. La conversación por teléfono de la escena primera nos permite enteramente asistir a lo que pasa al otro lado de la comunicación telefónica y conste que no se trata de un episodio trágico y horrible, como el famoso que representaba Zacconi, sino de algo plácido, de un coloquio sencillo y sin importancia de los que surgen a diario en las redacciones entre el director del periódico y cualquiera de los que en él trabajan.

Pronto nos enteramos de que Elvira, la mujer de don Angel León, tiene un amante. Todos conocen, naturalmente, esta infidelidad de la esposa menos el marido engañado. Hemos progresado poco en esta clase de desgracias desde los días en que el protagonista de *El hombre de mundo* dice al público, pegado a las candilejas:

«Todo Madrid lo sabía.
Todo Madrid... menos él».

Ahora que don Angel León, propietario y director de dos periódicos, abogado con buen bufete, financiero y qué sé yo cuantas cosas más no está en ridículo como el don Pio Coronado de *El abuelo* y muchos otros ejemplares de todas las literaturas.

Don Angel León es un carácter noble, enemigo de la pena de muerte y de todo lo que signifique matar y enamorado de la mujer que tan poco merece aquel cariño. Elvira, tras una escena con su amante, el secretario de embajada Hernán Maldonado, muere de una angina de pecho al terminar el primer acto. ¿Se enterará Angel León de su desgracia como marido? Se enterará y las circunstancias, la fatalidad, el ata-

vismo, le fuerzan a claudicar en sus convicciones antidueñistas e insulta a Hernán y va al terreno y mata al burlador de su honra, quizá al padre de la que él considera hija suya. Al caer el telón en el acto tercero y último Angel León se propone rehacer su vida: *volver a vivir* para la niña que con su boca inocente le ha llamado papá.

Sassone, con su verbo sugestivo de conversador, tiene suspensa la atención de los espectadores desde el principio hasta el fin de la pieza y el público sonríe, llora, se cautiva con los nobles pensamientos y se complace con lo bien expuestas y encadenadas que encuentra las ideas y las paradojas de una psicología un poco rudimentaria, aunque Angel León, como tantos otros triunfadores de casualidad, se crea el *non plus ultra* de la fortaleza en el carácter, en la voluntad y en la trabazón lógica de las convicciones. Es un hombre bueno y ya basta. En una moral del mundo el protagonista de *Volver a vivir* está de acuerdo con el código del honor más puntilloso y exigente. Los demás personajes apenas se destacan en el bajo relieve. La palabra mágica del conversador Sassone anima unos instantes sus fisonomías y pone luz en sus ojos. Nos quedamos sin saber si Elvira ama a un tiempo mismo a su amante y a su esposo, y ahí existe un soberbio tema de novela y de teatro. La dualidad amorosa, el desdoblamiento de la personalidad en un sentimiento tan sólo, ¿no es asunto que pide en la literatura lugar importante?

Morano y su compañía dan a la obra la interpretación acertada a que nos tienen acostumbrados.

MONUMENTO A LA INFANTA ISABEL EN LA GRANJA

EN el Real Sitio de San Ildefonso se celebró recientemente una reunión de elementos de aquella población, de Segovia y de la colonia madrileña, para tratar de rendir un homenaje de cariño, gratitud y admiración, a Su Alteza Real la Infanta Doña Isabel, que fuera testimonio perenne de estos sentimientos. La Junta acordó que el mejor tributo sería erigir en La Granja un monumento a la augusta dama. Para llevar a la práctica esta simpática iniciativa, abriendo la suscripción necesaria, se nombró un Comité ejecutivo, que inmediatamente comenzó sus trabajos.

De este Comité forman parte autoridades de Segovia y de San Ildefonso y personas significadas de ambas poblaciones y de la colonia veraniega del Real Sitio. Para facilitar las gestiones en los distintos puntos, se ha dividido aquél en tres subcomités, que actuarán, respectivamente, en Madrid, la capital segoviana y La Granja.

La loable iniciativa del homenaje a la Infanta Isabel alcanzará seguramente un rápido y brillante éxito. A ello contribuirá en buena parte el Real Sitio, que tanto agradecimiento debe a la augusta dama y tanto cariño la profesa. Durante muchos años, la Infanta viene siendo protectora incansable de la Granja y nunca deja de ir a pasar allí los veranos y de prodigarle cuantos beneficios puede. A ella se debe, principalmente, el mantenimiento de las temporadas veraniegas de San Ildefonso.

De análogo cariño y gratitud es deudora a la Infanta la ciudad de Segovia, que siempre mereció justa predilección de los Monarcas españoles, y especialmente de Don Alfonso XIII y de su augusta familia. Doña Isabel ha sido constantemente eficaz procuradora de las aspiraciones de la histórica capital. Prueba de su gran afecto son las excursiones que todos los años hace S. A. a Segovia, durante sus largas temporadas de La Granja, para visitar los conventos y favorecerlos con sus donativos.

En el merecido homenaje a la Infanta tomará también parte, con justo entusiasmo, el pueblo madrileño, que tanto afecto profesa a Doña Isabel. Ninguna Princesa española ha gozado en Madrid tan verdadera popularidad como ella, por su bondad, su sencillez, su caridad inagotable y su gran amor a la ciudad donde naciera. En esta ocasión no dejará de hacerse patente.

Por todo ello creemos que el homenaje que se organiza a la Infanta Isabel ha de tener el éxito que de justicia le corresponde.

El escritor israelita Érnand Weyl, que ha tomado en una de las obras de Anatole France e seudónimo de Nozière, es uno de los dramaturgos más finos y originales del París actual. El ha servido al público flores delicadas del siglo XVIII con las *Liaisons dangereuses* de Choderlos de Laclos; ha combinado el ingenio de Crebillon hijo, con la psicología galante de Musset; se ha inspirado en Tolstoi para componer con el mismo título de una novela del maestro ruso *La sonata de Kreutzer*; se ha mostrado intransigente judío en *El bautismo*, escrito en colaboración con Alfred Savoir; ha trenzado un encaje finísimo en *Les deux visages*; ha sacudido con violencia los nervios del espectador en *La prière dans la nuit*; se ha contagiado del mal gusto romántico en *Marie Gazelle* y ha utilizado recetas de Bataille y de Berstein para la comedia *El marido de Alina* que Linares Rivas ha adaptado a la escena española con el título de *El marido de la estrella*.

La comedia no es en último término más que un caso vulgar de adulterio, adornado con una matización psicológica de muy exquisito gusto, la cual si no corresponde a los personajes que salen a escena como el efecto a la causa—o viceversa si se quiere—, les adorna como los *confetti* de una pintura impresionista y al igual de estos puntos de color, no mezclados entre sí, es ella la que forma la obra y da originalidad al acto tercero.

Porque lo demás vale muy poco. Los *poncifs* se suceden con monótona regularidad y están a punto de dar al traste con la pieza en el segundo acto. Con un procedimiento menos sereno y más humorísticamente teatral que el de *La Tendresse* de Bataille, y con situaciones tan diferretes que no se asemejan en nada, Nozière juega con lo que hay de más sutil e impalpable en la humana psicología cuando hace revivir en el «marido de la estrella» las aptitudes de simulador que guarda en el inconsciente y entonces la nota trágico-cómica, la máscara que ríe grotesca, ocultando la cara que llora, impresiona nuestro espíritu con la sensación agrídulce de los contrastes.

Linares Rivas ha adaptado a la escena española la comedia de Nozière con una pulcritud y honradez artística dignas de todo elogio y poniendo aquí y allá rasgos del propio talento. Es como quien coloca sobre un diván turco, de los que por moda hacen furor, una tela de brocado y almohadones de formas distintas, más o menos caprichosas. Le dan a uno ya hecha la tela, el diván y los cojines, pero resta todavía la habilidad, la gracia, el arte para colocarlos. Cosa análoga sucede con las adaptaciones. Linares Rivas, que es un maestro en toda clase de menesteres escénicos, ha hecho una adaptación modelo.

Soberbia la interpretación, sobre todo por parte de Hortensia Gelabert, Leocadia Alba y el insuperable Emilio Thuillier.

Para que Jacinto Guerrero—que se hizo famoso con la música dulzona de *La montería*—compusiera una partitura a base de jotas, Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw han enriquecido su producción teatral con el libreto de la zarzuela *La sombra del Pilar* que estrenaron en Novedades Eugenio Casals y su compañía.

La obra es digna de que la hubiese instrumentado Verdi o por lo menos Mascagni o Leoncavallo. Romero y Fernández Shaw deben ya salir de esa situación de libretistas de zarzuela para músicas de tercera o cuarta categoría y aceptar aquí, naturalmente, las ocasiones en que estrenan con Vives.

En nuestro medio teatral, de por sí chabacano, y en el que abundan los compadrazgos, los trucos de brocha gorda que descubre el menos lince; las habilidades y los recursos de pícaro, los autores de *Doña Francisquita* constituyen una excepción muy honrosa. Son verdaderos hombres de teatro, estudiosos, de intachable honradez artística y con el respeto debido a la poética y a las normas racionales de la dramática. En bien del arte y del buen gusto debiera contarse con ellos al organizar las temporadas en los teatros de primera clase: el Español, la Princesa, Eslava, el Fontalba...

Mientras llega la hora de la justicia nos limitaremos a darles enhorabuena cordial por cada uno de sus legítimos triunfos.

LUIS ARAUJO-COSTA



DE LA VIDA DE SOCIEDAD

Dos distinguidos cronistas, cuyos nombres gozan merecida autoridad, han planteado una interesante cuestión, desde puntos de vista radicalmente opuestos, que afecta a la constitución y manera de ser de la sociedad en nuestro tiempo y a sus relaciones con los que hasta ahora no formaron parte de ella. Esta vez personifican la cuestión los modistos, los dictadores de la moda. ¿Qué relaciones pueden guardar con ellos aquellas personas que les rinden pleitesía y los enriquecen, por virtud de su arte? ¿Las puramente industriales? Por el contrario, ¿pueden ser admitidos en sociedad?... El tema merece justa atención, por ser una manifestación más del cambio que se viene operando en nuestras costumbres y en nuestra ideología.

Uno de aquellos escritores, el marqués de Castel Bravo, desde la tribuna de *ABC* censuraba severamente a las señoras que en Biarritz y en París asistían a los teatros y a las comidas que daban modistos famosos. Su criterio era absolutamente restrictivo, como inspirado en ancestrales prejuicios. En su opinión, no se debía dar beligerancia social a los modistos, tratándolos únicamente como industriales que se enriquecen a nuestra costa, por considerarlos en un plano social inferior. Más demócrata y más de su tiempo el otro cronista, que es el veterano *Monte-Cristo*, ha salido gentilmente a la defensa de la clase de modistos, dignificando su labor y enalteciendo sus méritos, por virtud de los cuales los considera dignos de ocupar un puesto en la vida de sociedad, alternando con las demás clases, ni más ni menos que como son admitidos otros ricos industriales y otros poderosos comerciantes.

¿Quién está más cerca de la verdad y de la justicia? Nosotros nos consideramos sin autoridad para intervenir en la contienda y echar un cuarto a espadas, como antaño solía decirse; pero, desde luego, nos inclinaremos a la opinión del segundo. En materia social, más acaso que en ninguna otra, conviene apartarse de los criterios demasiado rectilíneos y restrictivos, porque son los que más fácilmente dan en el error.

La vida de sociedad, como todo en nuestro tiempo, ha evolucionado rápidamente y ha sufrido una gran transformación. La rancia tradición del «fanbourg» ha desaparecido casi por completo. Hoy son admitidos gratamente en so-

ciudad muchos elementos que en otra época hubieran merecido una formal repulsa. Con los nobles de rancio abolengo, sin desdoro para nadie, se reúnen grandes artistas, literatos, políticos, industriales y comerciantes. La aristocracia del talento y la aristocracia del dinero. Para ser admitidos en la vida social solamente se requiere ropa limpia, una cédula personal decorosa y medios para alternar en ella.

A su vez, nuestros aristócratas de sangre no desdeñan cultivar las artes y las ciencias, y aun

cratas ilustres conquistan aplausos, dinero y renombre sobre el tablado de la vieja farsa.

Uno de los cronistas preopinantes en la cuestión citaba ejemplos muy conocidos. En la elegante playa de Deauville—venía a decir—hemos visto a Grandes de España y a Príncipes extranjeros sentarse a la mesa de unos señores Dubonet, cuyo nombre campea en grandes anuncios ya en las estaciones ferroviarias, ora sobre el verde césped de las campiñas de Francia. En el suntuoso *yacht* de Mme. Meunier—

otro nombre célebre en la industria—se han paseado no pocos aristócratas, cuyos nombres proceden de las Cruzadas. Ya esos nombres se podrían añadir otros muchos de «Reyes» famosos de la producción y del dinero, cual los *Wanderbilt*, los *Ford*, los *Rockefeller*, los *Morgan*, los *Bary*, los *Astras* y otros más. ¿Quién desdeña el estrechar su mano y el sentarse a su mesa, al ellos mismos encuentran grata acogida en los palacios de los Príncipes y de los Reyes?...

¿Qué más? ¿No se ofrecen en la vida corriente y moliente numerosos casos de familias aristócratas de rancia estirpe que enlazan con otras de nobles improvisados o de nuevos ricos? Pues eso es también argumento de suprema fuerza y que nadie podrá destruir, ya que la coyunda matrimonial es nudo indisoluble.

Si en tantos casos como los aducidos ocurre lo que todos vemos, no hay razón ni derecho para negar trato igual a los modistos, enriquecidos también, pero cuya industria tiene un carácter de arte que la enaltece y dignifica. Como arguye el cronista preopinante, estos grandes artistas del vestido, que contribuyen con sus in-

geniosas creaciones a hacer resaltar la belleza femenina, son llamados a colaborar con músicos, escenógrafos y dramaturgos en no pocas obras dramáticas, a cuyo éxito contribuyen con su arte. Más reciente está aún el caso del modisto admitido con sus creaciones femeninas en la Exposición de Artes decorativas de París, en la que seguramente ha debido merecer uno de los primeros premios. En esas mismas elegantes fiestas de Biarritz, organizadas con nobles objetivos benéficos, los modistos fueron los llamados a prestar el principal concurso, y a ellos se debió la parte más importante en el éxito de la fiesta. ¿Con qué derecho se les puede repudiar luego?

No hemos de pretender nosotros dar un fallo



En el Salón de Otoño ha logrado un triunfo el joven pintor madrileño José del Palacio. Y entre sus obras ha llamado la atención este precioso retrato a la acuarela de la bella señorita María Luisa Mazorra, hija de la Marquesa de Prado Ameno.

la industria y el comercio. El duque del Infantado y su hija la admirable Cristina Arteaga ofrecen casos elocuentísimos y muy dignos de elogio. En Biarritz se ha podido ver en los dos últimos años a un título español rigiendo muy inteligentemente un establecimiento mercantil. Y no hablemos de los infinitos que se dedican al cultivo de la agricultura, de la ganadería y a otras empresas de bancos, de automóviles, de minería y de otras industrias. ¿Sufren por ello desdoro los pergaminos? En modo alguno.

Durante muchos años, siglos mejor, los artistas dramáticos fueron considerados como una clase «indeseable», inferior, repudiada en absoluto de la vida social. En la actualidad actores eminentes son admitidos en sociedad y aristó-

en el litigio, que harto lejos está eso de nuestra modestia. Pero puestos en el caso de opinar, lo haríamos decidida y democráticamente en favor de la admisión de los señores modistos, siguiendo así el explicito parecer de las damas elegantes que en Biarritz y en París no tuvieron inconveniente en sentarse a la mesa de los «ma-

gos» de la rue de la Paix, a quienes de ordinario confían misión más delicada y trascendental, cual es la de realzar su belleza, poniendo a contribución para ello su talento y su arte.

Añorando el viejo lenguaje parlamentario, pudiéramos decir que la cuestión está suficientemente debatida y no merece mayor discusión.

¡A votar, a votar!... Nosotros, desde luego, lo hacemos en pro. Estos simpáticos artistas, que tanto laboran por hacernos agradable la existencia, embelleciendo a las señoras, y que tantas molestias han de sufrir en el ejercicio de su arte, cuentan con toda nuestra simpatía...

TRISTAN

Bodas

EN el Castillo de Caradoc que cerca de Bayona poseen los marqueses de Fuente Hermosa de Miranda se ha celebrado la boda de su hija la señorita Ana Teresa Pardo y Barreda, con don Luis Ruiz de Arana y Martín de Oliva, duque de Sanlúcar la Mayor, hijo del anterior duque y de la actual marquesa de Torre Ocaña.

Por este enlace se ha unido con una ilustre casa española otra no menos ilustre del Perú. Las dos gozan legítimas simpatías en la sociedad madrileña.

La novia, que es una belleza, pertenece a una de las más antiguas familias del Perú, cuyos miembros desempeñaron elevados cargos durante el Virreinato y desde la fundación de la República. Don Manuel Pardo Rivadeneyra y González, nacido en Galicia, fué oidor en la Audiencia de Lima, donde contrajo matrimonio con doña Mariana Aliaga y Borda, hija de los marqueses de Fuente Hermosa y descendiente del conquistador Jerónimo de Aliaga, compañero de Pizarro y uno de los fundadores de la ciudad de los Reyes, hoy Lima. Establecida la República volvió don Manuel a España con su familia. Fué miembro del Consejo Supremo de Guerra y Marina y caballero gran cruz de Carlos III. Don Felipe Pardo y Aliaga, hijo de aquel matrimonio, fué educado en Madrid, en el colegio de San Mateo, que dirigió don Alberto Lista, teniendo por condiscípulos a Espronceda, Molins, Ventura de la Vega, Escosura y otros. Fué miembro correspondiente de la Academia Española, y en Perú ejerció elevados cargos. Está considerado como uno de los más distinguidos literatos de Sudamérica. De su matrimonio con doña Petronila de Lavalle y Cabero, hija de los condes de Premio Real y descendiente del conquistador Diego Maldonado, fué fruto don Manuel Pardo y Lavalle, Presidente del Perú, quien casó con doña Mariana Barreda y Osma, hija de don Felipe Barreda y Aguilar, vecino notable de Lima, y de doña Carmen de Osma y Ramírez de Arellano, hermana del conde de Vistaflorida, del marqués de la Puente y de los Osma, y descendiente del conquistador Diego de Agüero. Don Felipe Pardo y Barreda, actual marqués de Fuente Hermosa y hermano de don José, ex Presidente del Perú, está casado con su prima carnal doña Teresa Barreda y Laos, y tienen por única hija a Ana Teresa Pardo y Barreda.

El duque de Sanlúcar la Mayor es un inteligente joven, muy apreciado en la sociedad. Es abogado, caballero de Santiago, maestrante de Zaragoza y suboficial del regimiento de Pavía. Por línea paterna pertenece a la de las marqueses de Nerva y Oliva, cuya casa solariega radica en Andalucía.

Padre político del duque de Sanlúcar es el teniente coronel de Artillería, gentilhombre de Su Majestad, don Manuel López de Castro, marqués de Torre Ocaña, que cuenta con generales simpatías.

Nada más a propósito para la ceremonia de la boda que el castillo de Caradoc, edificado por lord Caradoc, embajador que fué de la Gran Bretaña en España hace tres cuartos de siglo, y desde hace cinco años propiedad de los marqueses de Fuente Hermosa.

Domina en su exterior el estilo italiano, sobresaliendo las delicadas líneas de una torre de gran altura. En su interior está elegantemente adornado con muebles antiguos y cuadros de gran valor, llamando la atención la suntuosa biblioteca con millares de volúmenes, algunos muy preciados.

El parque es de gran belleza. Tiene amplios paseos, «allées» de las que surgen arcos de

hierro, en los que tupidos rosales forman túnel; invernaderos, estufas, espesos cañaverales, árboles seculares de más de doscientas especies y variedad infinita de flores, que al ser enviadas a las exposiciones de floricultura ganan siempre los primeros premios. En uno de los extremos de la finca existe también la «pajarera», con magníficos faisanes «argenteés», palomas y pavos reales blancos.

A las doce del día empezaron a llegar al castillo los invitados a la boda, que se celebró en la capilla, primorosamente engalanada con blancas flores.

La novia, que realizaba su belleza con un precioso traje de fulgurante, regalo del novio, entró del brazo del duque de Albuquerque, grande de España, que hace los honores a la casa de Sanlúcar y que ostentaba la representación de Su Majestad el Rey, quien, con su augusta esposa, se dignaba apadrinar el enlace, dando así una prueba del afecto que profesa a tan distinguidas familias. El duque de Sanlúcar, luciendo el uniforme de caballero de Santiago, con el lazo rojo y la llave de gentilhombre, daba el brazo a su madre y madrina, la marquesa de Torre Ocaña, que vestía de gris, con mantilla negra de «chantilly» y se adornaba con gruesas perlas.

Con los novios y sus padrinos tomaron asiento en el presbiterio los testigos, que eran, por parte de la desposada, sus tios canales don Enrique y don Ricardo Barreda y don Juan y don José Pardo, este último ex Presidente del Perú; y por parte del novio, su padre político, el marqués de Torre Ocaña, y sus tios canales el duque de Baena y los marqueses de Velada y Corvera. Estos vestían de uniforme.

Terminada la ceremonia se sirvió un espléndido almuerzo a la concurrencia. En la «serre» se situó la mesa para los novios, padrinos, testigos y familiares más inmediatos.

En uno de los lados del jardín, bajo cobertizo adornado con plantas y flores, se colocaron cuatro mesas de ocho cubiertos para los invitados.

Una notable orquesta ejecutó diversas composiciones.

Los novios, que recibieron muchas felicitaciones, salieron para París y Londres. Luego irán a Egipto.

Les deseamos venturas sin cuento.

SU ha celebrado en Málaga la boda de la encantadora señorita Angeles Rubio Argüelles con el distinguido escritor y diplomático don Edgar Neville, hijo de la señora viuda de Neville, nueva condesa de Berlanga de Duero.

LO QUE YO DESEO . . .

Lo que yo deseo es bien poca cosa;
un cielo por lecho, un lindo bambú,
un jardín florido, do el alma reposa,
y bajo ese cielo que me mires tú.

Estar siempre juntos entre alguna rosa,
de tu falda oyendo el leve *frou-frou*
al besarla el viento; ver tu faz preciosa,
y al mirarla, extático, que me mires tú.

Recitar mis versos en ese paisaje
de égloga y de amores; admirar y ver
tu bella figura, tu sencillo traje,

la sombra nocturna del negro bambú...
El jardín... tus ojos... algo de Schubert,
y en la noche obscura, que me mires tú.

LEÓN ROESSET.

La novia es una de las muchachas más bonitas de Málaga. En ella se unen en raro consorcio la simpatía, el ingenio, la dulzura de carácter, todos los atractivos, en suma, que puede reunir una mujer.

El novio es un distinguido escritor y diplomático de gran porvenir. Ironista sutil, ha conseguido, a pesar de su juventud, hacer cotizar altamente su firma, que se disputan ya diarios y revistas españoles y americanos.

La ceremonia se celebró el día 28, a las seis de la tarde, en «Villa Carmen», la elegante residencia de la señora viuda de Rubio Argüelles.

A la hora fijada llegó el novio a buscar a su prometida, y momentos después, del brazo de su padrino, el conde de Romrée, descendía la señorita de Rubio Argüelles de sus habitaciones para dirigirse al salón donde se había dispuesto el oratorio.

Vestía la novia elegante traje de tul blanco, modelo de Poiret, con cola de lama de plata y velo de encaje. El señor Neville iba de uniforme.

El novio dió el brazo a su madrina, doña Carmen Morales.

La comitiva nupcial entró en la improvisada capilla a los acordes de una marcha rusa ejecutada por una notable orquesta.

El salón ofrecía precioso aspecto, adornado con plantas y flores. En el testero principal se levantaba el altar, profusamente decorado con azahar. Sobre él aparecían las imágenes del Crucificado y de Nuestra Señora del Rosario.

Los novios y padrinos ocuparon los reclinatorios dispuestos para ellos, y a los lados se situaron los testigos. Eran éstos, por parte de la desposada, su hermano don Nicolás Rubio Argüelles y sus tios don José Luque, don Carlos Alessandri y don Eduardo Bayo, y por el novio el embajador de España en la Argentina, marqués de Amposta; don Ricardo Gross, don Francisco Crooke y don José Ignacio Escobar.

Bendijo la unión el religioso carmelita fray Luis María, del convento de Cerro Muriano, de Córdoba.

Terminada la religiosa ceremonia, los novios recibieron cariñosas felicitaciones de todos los concurrentes.

Poco después cambiaron de traje y emprendieron su viaje de novios a Granada, desde donde irán a visitar varias capitales del extranjero.

En la elegante residencia de la señora viuda de Rubio Argüelles fueron obsequiados con una espléndida comida todos los invitados a la boda.

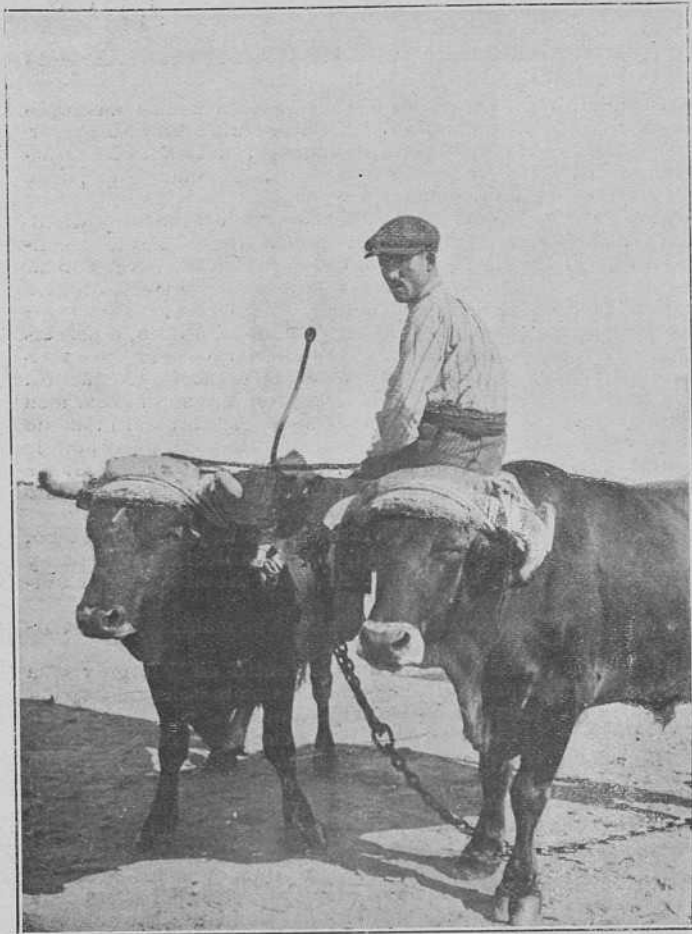
Terminada ésta se organizó un precioso baile, que duró hasta la madrugada, lleno de animación y de alegría.

Hacemos sinceros votos por la felicidad de los nuevos esposos.

EL sábado 10, fiesta de San Francisco de Borja, recibieron la bendición nupcial en la iglesia parroquial de la Concepción, la bellísima y gentil señorita María Rosa Burgaleta y Pérez Laborada, y el joven ingeniero de Minas don Fernando Díaz-Caneja y Pando Valdés. Pertenece ella a una distinguida familia de la Corte; y el novio, hijo del ilustre Ingeniero Jefe de Minas de Barcelona, don Mauro Díaz-Caneja y Cortina, a una de las familias más queridas y respetadas de Oviedo, familia que ha dado insignes obispos a la Iglesia, y Ministros famosos a la Nación. La madre del novio, doña Julia Pando y Valdés, es pariente próxima de los marqueses de Casa Valdés, y de la difunta marquesa viuda de Santa Cruz de Marcenado.

La concurrencia a la boda fué muy numerosa y selectísima; haciendo todos los que a ella asistieron, los más fervientes votos por la felicidad de los nuevos esposos, merecedores de todo género de venturas. Los señores de Díaz Caneja y Pando salieron el mismo día de la boda, para un largo viaje de novios. Les deseamos una eterna luna miel.

RINCONES VALENCIANOS



Los bueyes de la Malvarrosa,



Retirando una barca.

En la playa. El fuerte desperezo del desaparecible otoño, ha hecho huir en loca carrera a las ninfas playeras y a los faunos presuntuosos. Vuelve la playa a su fija soledad, con los suyos, con los

fuerte: como un rey salvaje. Quedan en ella los rostros curtidos, y los ojos incoloros, que a fuerza de ver mucho, acaban en su confusión por no expresar nada; y las rugosas manos entorpecidas para todo lo que no sea tejer la red con la que han de apresar el pan,

que ponen sobre la oscura indumentaria su tono morado, rojo, parduzco o azul; los largos calzones listados y sujetos a los tobillos por blancas cintas; y los pies morenos, descalzos, casi insensibles a los guijarros y a los abrojos... Son los pescadores que arrastran el paludismo día tras día... son los que sirvieron al «maestro» en sus horas de inspiración sublime; los que se trasladaron al lienzo titulándolo ellos mismos: «¡Aún dicen que el pescado es caro!»

La arena sobre la que ha poco se alzarán los típicos merenderos con sillas de enea y rótulos de ortografía puramente imaginaria y las casetas de baños con sus tendidos de trajes uniformes, queda como un pequeño desierto tras una furiosa tempestad: lisa e inhóspita. Solo las casas humildes de los pescadores son las que abren sus puertas al sol y a la fresca brisa, precursora de la inclemencia invernal. Son casas bajas, con las puertas de colores y adornadas interiormente con los trebejos de pesca, y muchas ostentan sobre la chimenea, ante la cual el lobo sexa o septuagenario fuma la requemada pipa evocando sus mejores pescas; el pequeño vaporcito o barco velero, construido en un día de tormento y de ocio; la cartulina que encierra la efigie querida del hijo que al servicio del Rey navega en un acorazado, en un torpedero, o se halla simplemente en cualquier capitania de puerto, en una arro-



Efecto de un crepúsculo en el Mediterráneo.

gante y estudiada postura, con la gorra de plato calada y mostrando entre sus velludos dedos el cigarro de contrabando no encendido todavía; el pequeño estuche construído con mariscos, sobre la vetusta cómoda, o sirviendo de base a la campana de cristal que encierra la pequeña imagen de Nuestra Señora de los Angeles, Patrona del Cabañal, y protectora declarada en las angustiosas horas de tempestad.

Las mujeres remiendan junto a la puerta, aprovechando las cortas tardes de la estación, las ropas casi legendarias, entre las cuales sobresale el tono rabiosamente amarillo del calzón de bayeta que habrá de remendarse con urgencia para aliviar, ya que no para curar, el reuma pertinaz con el que están casi familiarizados, alzando la vista tan solo cuando ante ella pasa y saluda el boyero jinete sobre la perezosa yunta de bueyes perezosos y gigantescos, que imprimen su sello en la arena con la reciedad de sus disformes pezuñas; y vuelve a quedar ensimismada en su tarea y torturando su cerebro con mágicas transformaciones de indumentaria.

Solo esas casas quedan y los balnearios o restaurantes fijos... y más abajo, dentro de una alambrada, vemos pasar fugaz, como una estrella, la albura de unas tocas blancas que ocultan una fren-



Dejando la embarcación débil al abrigo de la playa.

te noble y abnegada, y percibimos el choque de las cuentas de cristal de un gran rosario que pende sobre el fondo de un delantal azul, inconfundible, de una Hija de la Caridad. Luego... tal vez veamos un ser enclenque, que el mar de las humanas pasiones arrojara a aquella

playa en que el sol curte su cuerpo molido por la escrófula, en que busca purificar con sus rayos su miseria y su pobreza. Quizás veamos otro que arrastra penosamente su encanijado cuerpo, y otros que en una tarde de angustia han sentido la horrible presión de las manos de la tuberculosis sobre sus pechos hundidos. Y muchos más; centenares de víctimas inocentes que maldecirían un día el haber nacido, si semejante institución no estuviera establecida. Son las víctimas forzadas del delito ajeno. Son un testimonio y una acusación; son los que componen el lienzo de la «Triste herencia».

Las barcas de «bou» gigantescas e inmóviles sobre la arena, hacen insignificantes a las de «bolich», menos capaces para tal menester. En su mayoría fueron bautizadas con nombres de mujer: «Carmen», «Josefa», «Angelita», «Amparo», «Maria», «Vicenta», sin que entre ellas falte la «Flor de Mayo», la que adoptara Blasco Ibáñez para trasladarla a su libro del mismo título. Y todas juntas, forman una gigantesca «Flor de Mayo», con sus pasiones, sus tragedias y su humorismo.

Ya los densos nubarrones oscurecen el sol, y millares de gaviotas surcan el espacio. Ya en los aleros de los «chalets» de la Malvarrosa, comienzan a anidar las oscuras golondrinas cantadas por el Poeta...



El descanso de los pescadores.

Fotografías Peydró.

AMPARO ESCRIVÁ AGUT.

CREPÚSCULO

Hierática, frente al mar,
en un crepúsculo suave,
has visto partir la nave
que acaso no ha de tornar.

Eran el agua y el cielo
como un canto de armonía;
en él la espuma ponía

su gracioso ritornelo.

Asomándose a la altura,
un lucero diligente,
en el paisaje silente
vertió su lágrima pura.

Y la nave se alejó
tras de una ruta ignorada;
una estela plateada
sobre la mar se mecía.

El sol bebió sus fulgores,
el mar y el cielo se amaron
y allá lejos se besaron,
confundiendo sus colores.

Y sintió tu corazón
llegada la hora propicia
para gustar la caricia
de la dulce evocación.

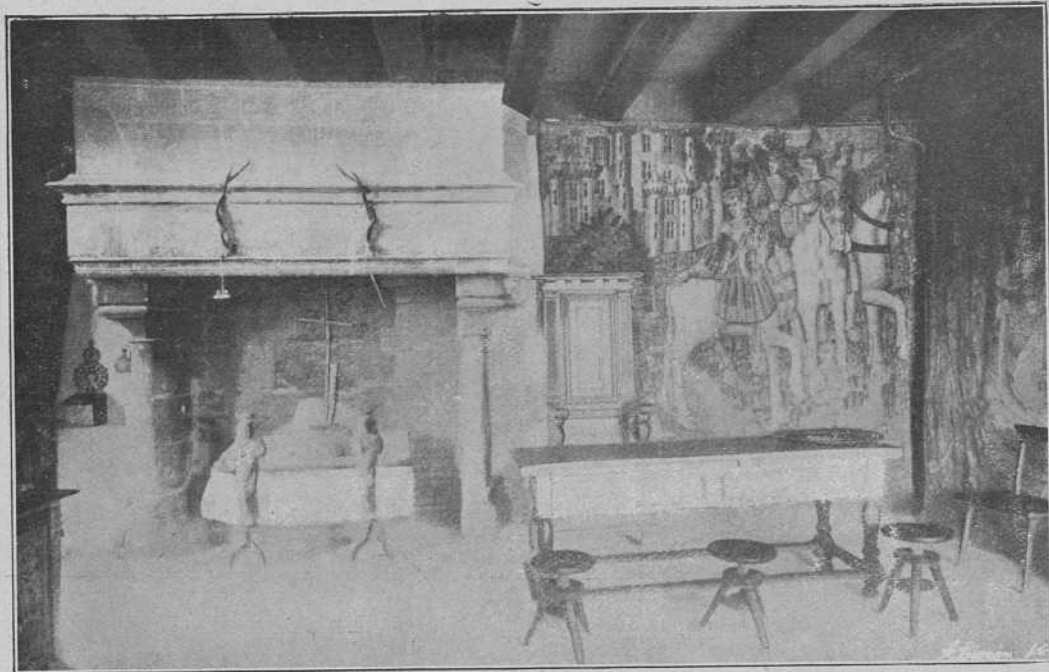
Sumida en onza tristora,

la nave viste partir;
un deseo de morir
acució tu desventura.

Y es que del mar de tu vida,
en un crepúsculo grave,
también se partió la nave
de tu ilusión más florida.

RAFAEL LÁINEZ ALCALÁ.

LOS CASTILLOS DE TURENA: EL DE LANGEAIS



El vestíbulo, con un magnífico tapiz al fondo.

Uno de los placeres con que mejor puede regalarle el turista que recorre Francia en automóvil, es el de visitar una región de tantos recuerdos históricos como la Turena y detenerse en los muchos castillos procedentes de la Edad Media que, bien restaurados en su mayoría, son testimonios vivientes de lo que fué el poder del feudalismo en una época que hoy aparece ante nuestros ojos embellecida por la leyenda.

Uno de los más característicos castillos de la Turena es, sin duda, el de Langeais, pueblo situado sobre una colina, en forma de promontorio que, por un lado, baña el Loire y por el otro el Roumer.

Puede decirse que en Langeais hay dos cas-

tillos: el de Foulques Nerra, del que solo quedan las ruinas, y el actual. El primero fué construido en 984 por Foulques, duque de Anjou, que, para defenderse, elevó diversas fortalezas en los puntos estratégicos de la región. El «Halcón Negro», como llamaban a Foulques, fué un noble batallador, implacable y sanguinario: en su juventud, ordenó asesinar a su mujer; en su vejez dirigió una terrible guerra contra su hijo, venciendo y humillándolo.

Desde entonces siguieron dominando allí los duques de Anjou y Turena. En el siglo XII, Foulques V, llamado el joven, tomó parte en una cruzada a Tierra Santa. De su viaje trajó diversas reliquias, para las cuales construyó en Langeais una basílica, también hoy en ruinas. El primitivo castillo pasó en el siglo XI a ser

propiedad real, siendo habitado por Gobernadores, que se llamaban castellanos. El Rey Luis XI, en 1462, ordenó la construcción del castillo actual, que se edificó rápidamente, debiéndose a ello la admirable unidad de su estilo, que le hace ser considerado hoy como uno de los más interesantes monumentos de la arquitectura militar de la Edad Media. Notables artistas lo decoraron y hábiles jardineros lo rodearon de un bellissimo parque.

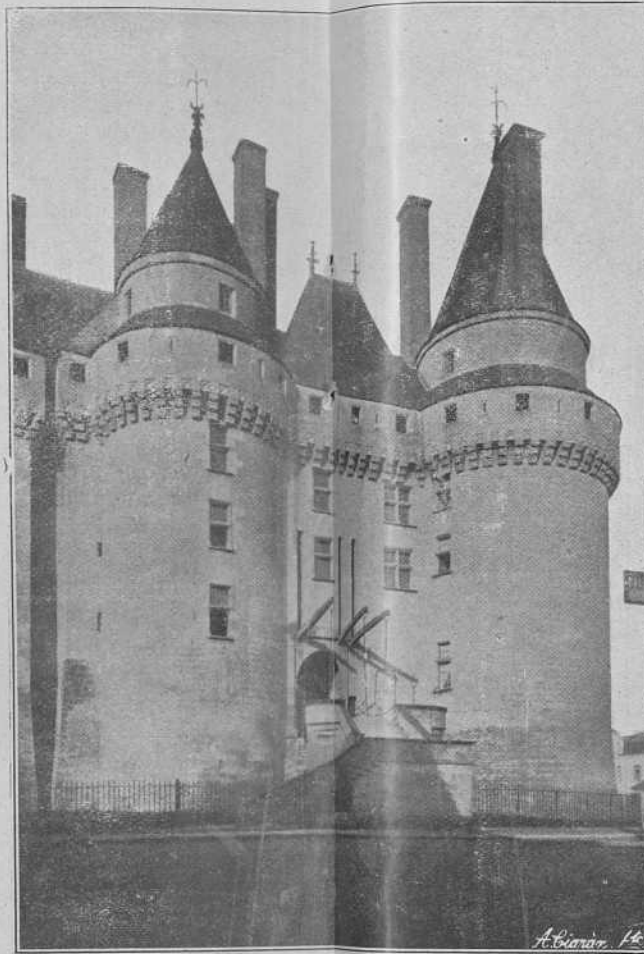
De la familia de los Príncipes de Orleans pasó la fortaleza a poder de la familia Borbón, siendo en 1491 testigo de las bodas de Carlos VIII con Ana de Bretaña, enlace por el cual Bretaña fué incorporada a Francia.

El castillo tuvo luego diversos propietarios: el Cardenal Du Bellay, protector de Robelais; Luisa de Lorena, el marqués de Effiat, el duque de Luynes, M. Moisant de Tours, el abogado de París monsieur Baron y, por último, sus actuales dueños M. y Mme. Jacques Siegfried, que han hecho en él una labor de reconsti-

tución admirable, auxiliados por los más notables arqueólogos franceses.

Los muebles que guarnecen las estancias son, o auténticos o copiados de los que se conservan en Museos o casas nobles; las pinturas murales, las tapicerías, los bronceos y toda la decoración, en fin, del castillo han sido estudiados y reproducidos con el mayor cuidado.

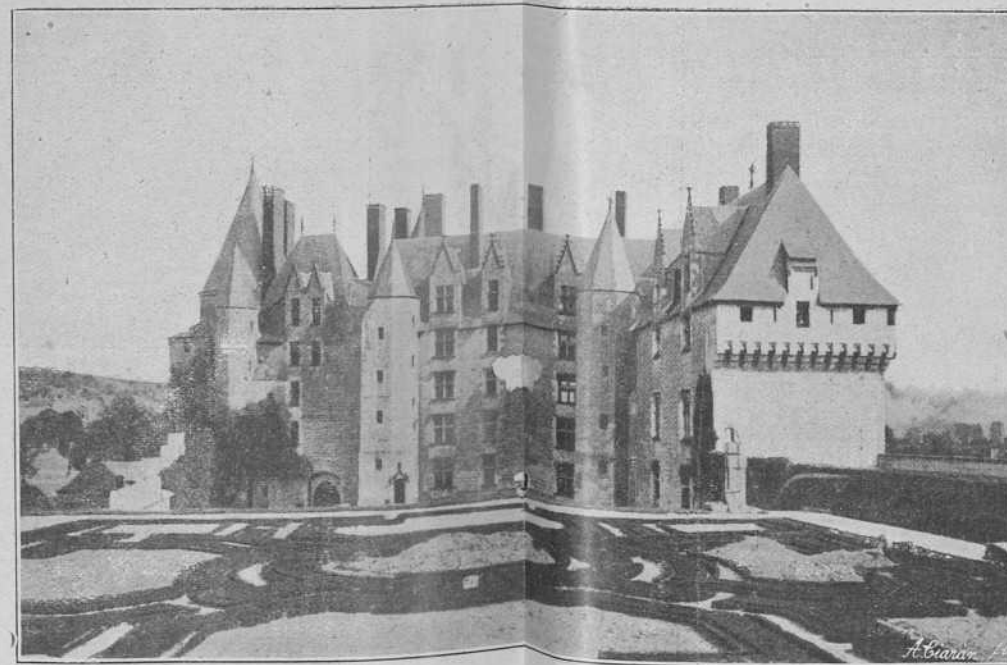
En la planta baja, hay un saloncito con veintisiete *panneaux* góticos, procedentes de la iglesia de Moulins-la-Marche, en el Orne. En la sala siguiente existe una pintura mural, hecha por M. Lameire, copiando varios pasajes del Libro de Horas de Ana de Bretaña. Las miniaturas de este manuscrito célebre fueron pintadas por Bourdichon en 1508. El original se halla en la Biblioteca Nacional francesa; una copia se conserva en el castillo. Las pinturas del comedor de éste son también reproducción de otras muy notables: las de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, de



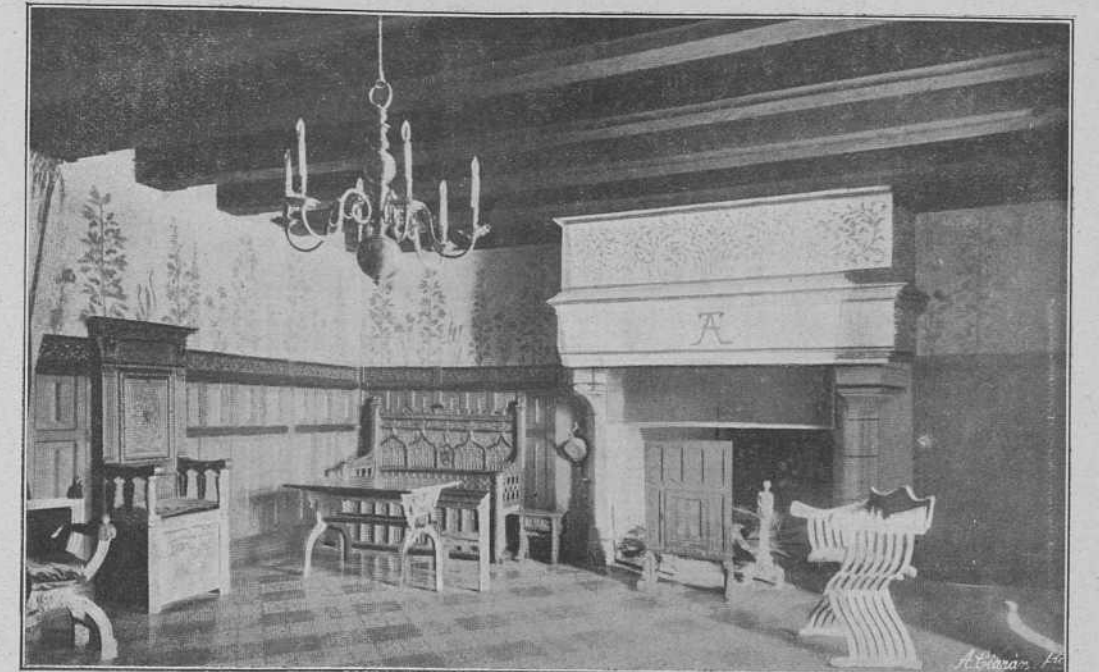
Entrada principal al castillo y puente levadizo.



La sala de Guardias, convertida hoy en comedor.



El castillo de Langeais visto desde los jardines.



Una de las estancias restauradas y amuebladas al estilo de la época.

París. La chimenea de esta estancia es la misma que perteneció a Luisa de Vaudemont, viuda de Enrique III.

La sala siguiente está pintada al fresco, copiando los restos de una decoración encontrada en las ruinas del castillo de Coucy. Los *panneaux* de la sala de guardias—que es hoy el verdadero comedor—proceden también del antiguo castillo de Chanteloop.

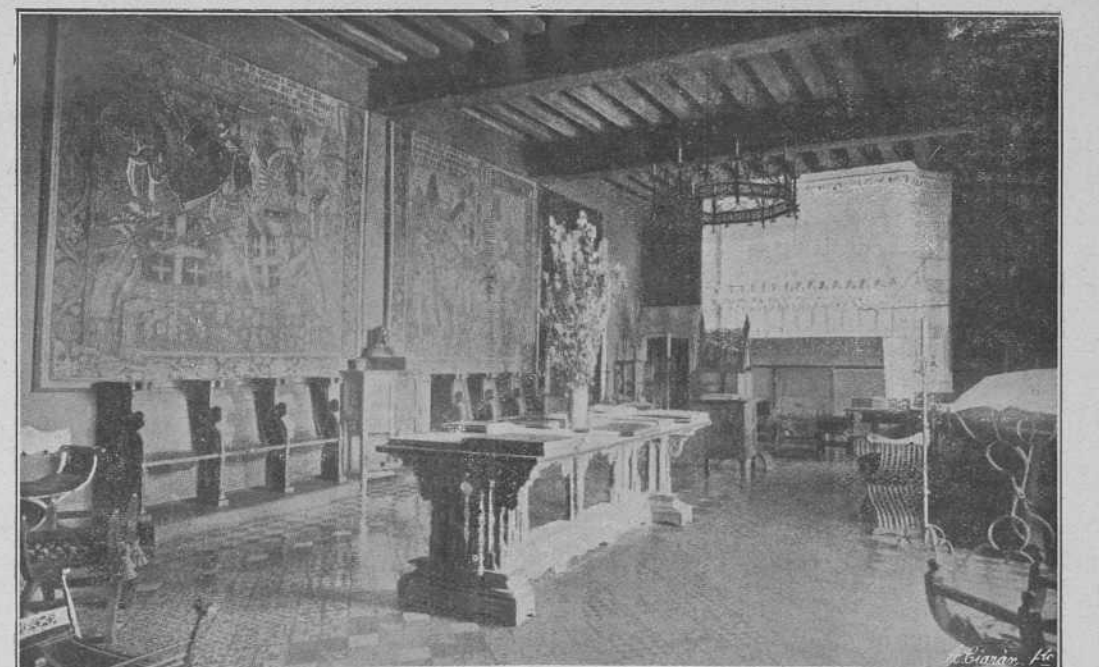
En el primer piso, los siete grandes tapices del salón principal, pertenecientes a la serie de «los Nueve Bravos» han sido estudiados, en interesante obra, por monseñor Barbier de Montault, que los considera hechos de 1520 a 1540 para el castillo de Chauray. En los cuartos de dormir, los lechos son auténticos de la Edad Media. En una de las alcobas hay un tapiz, representando a San Saturnino y San Juan

Bautista, que es el primero de una serie, cuya mayor parte se conserva en la catedral de Angers. En la misma estancia se admira un tapiz gótico, del siglo XVI, que reproduce a Cristo en la Cruz.

En el segundo piso hay unos cofres italianos del Renacimiento y otra soberbia tapicería, fabricada en 1450 y en el tercero una serie de objetos de arte no menos valiosos.

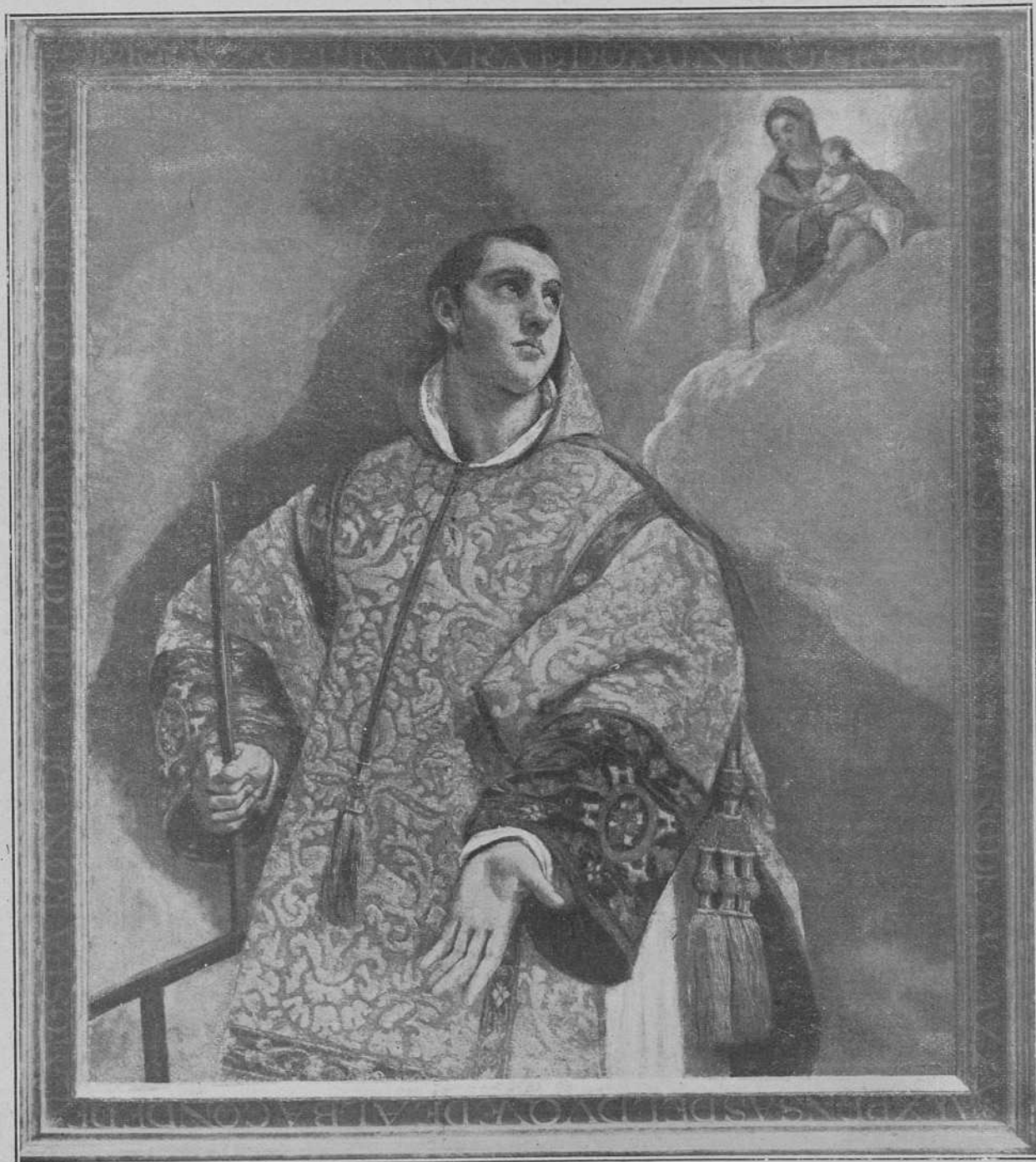
Por todo ello el castillo de Langeais está considerado hoy como una joya inestimable. Sus dueños actuales se han hecho acreedores a la gratitud, no solo de todos los amantes del arte sino de Francia entera, pues, después de hecha la restauración del castillo, acaban de donarlo al Instituto de Francia, con un capital destinado a asegurar su conservación indefinida.

DIEGO DE MIRANDA.



El gran salón de Ana de Bretaña.

EL "SAN LORENZO" DEL GRECO



ESTA figura ascética de San Lorenzo, personificación del más cruel de los martirios, a cuya festividad se debe el granítico monasterio escorialense, fué tema pictórico del Greco. El santo en éxtasis y con su parrilla, lo presenta el pintor, con toda la unción religiosa y pudorosa devoción armónica al asunto.

Vislúmbanse a través de vaporosas nubes, la Virgen y el Niño. Es obra de la juventud del Greco. De un colorido veneciano y técnica algo diferente a aquellas obras de su madurez, que lo personifican. Guarda analogía, en el orden decorativo ornamental, con el «Entierro del Conde de Orgaz»; y por su misticismo no pierde el enlace con el espíritu religioso, tan magistralmente interpretado por la paleta española.

Es asimismo fuente originaria de nue-

LA HORA DE LA SIEMBRA

*Para mi querido amigo
el cultísimo doctor don Manuel de la Vega; en Segovia.*

La hora de la siembra, amigo amado; salgamos a sembrar... ¡Con cuánto anhelo aguarda la semilla el agrio suelo en el que todo es yermo desolado!

Siembra del buen amor, que ha realizado la parábola excelsa, de alto vuelo, de Aquel que sembró estrellas en el cielo, y que en todas las almas ha sembrado.

Prosigue esa tu siembra, ¡tan hermosa! mientras prosigo yo la humilde mía, en la tierra de muchos corazones.

En esa noble empresa, generosa, ¡nada tienen que hacer la hipocresía ni la raza de víboras e histriones!

ADOLFO DE SANDOVAL.

vos matices, y consecuencia de este hermosísimo lienzo, es toda la producción estética santoral del famosísimo siglo XVII. Atisbos barrocos se aprecian en él aunque es obra de limitados pronunciamientos. El sutil velo que la cubre, solo deja apreciar concretamente, un sabor ecléctico, entre la influencia italiana como precedente y los rasgos típicos del Greco como derivación.

Encontrada en el Colegio de Monforte (Lugo), por el sagaz y competente crítico español don Antonio Méndez Casal, ha sido expuesta en nuestro Museo del Prado, por mediación de su Patronato, cuyo presidente el Duque de Alba, lo es igualmente del referido Colegio de Galicia. A este ilustre procer se debe que los aficionados al Arte puedan estudiar una obra más del celebrado Cretense y compositor toledano.

JULIÁN MORET.

U
Hen
go d
varo
Ayu
la Ci
del t
telad
nas
Plaz
que
y ca
ble c
buen
perm
estre
¡Q
hora
reza
pado
de la
y las
canzi
dent
del s
To
del h
suav
estab
tedra
seren
ella-
sentí
dro d
berto
o cor
estab
trera
se re
la au
todo
el áb
veía
de lo
bles
en de
mo y
despe
trer a
de la
sobre
Alva
había
de la
túrgi
Ya
jaros.
Plaza
y aleg
rora.
el col
-ba
precis
terias
había
decía
vo y l
dando
ca. Le
de cu
la pla
comer
los di
menza
rebat
las ca
¡Ya
taba a
rumor
nas de
en est
vez er

UNA NOVELA CASTELLANA: "BEATRIZ PACHECO"

Hemos prometido a nuestros lectores la reproducción de un capítulo de la novela Beatriz Pacheco que, con tan gran éxito, ha publicado nuestro colaborador el ilustre don Adolfo de Sandoval. He aquí uno de los más interesantes:

HABÍALE oído Alvaro decir a la señorita de Pacheco en una de las últimas tardes de Julio, en la Plaza del Alcázar, que tal vez iría con su mamá alumbrando en el Rosario de la Aurora, el primer domingo de Agosto. ¡Qué madrugón el que se dió Alvaro en esa mañana! Iban a sonar en el reloj del Ayuntamiento primero, y poco después en el de la Catedral, las cuatro menos cuarto. Era aún del todo de noche, y en el profundo cielo constelado esplendían luminosas y puras las hermanas estrellas. En la Plaza, hacia la esquina de la Plazuela del 4 de Agosto, unos cuantos jóvenes que esperaban el paso del Rosario, bromeaban y cantaban tan estruendosamente, que imposible que pudiesen dormir ni un instante más los buenos vecinos de esos lugares. El cielo todavía permanecía obscuro en su fondo, regiamente estrellado.

¡Qué misterio, dulcísimo, en cuanto a esa hora surgía ante los ojos de Guevara! ¡Qué pureza en el matinal y sosegado ambiente, empapado de rocío, que semeja lágrimas en el cáliz de las hermanas flores! ¡Y qué distinta la Plaza, y las calles adyacentes a ella, y todo lo que alcanzaba a ver Guevara, de cómo había de verlo dentro de muy poco, clareado por los rayos del sol!

Todavía era de noche... Mas por los confines del horizonte comenzaba a asomar, tímida, una suave luz, que contempló en éxtasis. Todavía estaban encendidos unos faroles junto a la Catedral, hacia la callecica de San Frutos. Y unos serenos con larga capa y alzado el cuello de ella—pues el resente de la alborada se hacía sentir—se iban ya—visión fantástica de un cuadro de Rembrandt o de una agua fuerte de Alberto Durero—por la calle de Isabel la Católica, o con rumbo a la calle de la Nevería. ¡Cómo estaba el ábside de la Catedral a esas luces postreras, indecisas, misteriosas, de la noche que se resistía a morir, y de la claridad primera de la aurora, pugnando por triunfar y por invadirlo todo esplendorosamente! Igual estaba entonces el ábside de la Catedral que cuando Alvaro le veía al claro de luna. Las casas de la Plaza, las de los porches arcáicos, aún dormían sus apacibles sueños, como los dormían todas las cosas en derredor de ellas. Y un lucero esplendísimo y fijo sobre el ábside de la Catedral, parecía despedirse con pena de la tierra y darle su prostrer adiós. Y otro lucero, la centelleante estrella de la mañana, brillando con vivo resplandor sobre la Plazuela de la Rubia, le recordaba a Alvaro aquella otra divina *Estrella* de quien él había oído cantar en la Catedral, en las vísperas de la fiesta del Carmen, los versos del himno litúrgico de Fortunato:

*Ave, maris stella,
Dei Mater alma!*

Ya no era de noche. Ya clareaba; y unos pájaros, unas hermanas golondrinas que en la Plaza tenían sus nidos, revoloteaban inquietas y alegres, saludando a la luz primera de la aurora. ¿Cantaba el ruiseñor o la alondra, como en el coloquio *shakespiriano* de Julieta y Romeo? Iba destacándose todo entre las sombras y se precisaban perfectamente las gallardísimas crestas del ábside de la Catedral. La aurora se había hecho ya; *Fiat lux, et facta est lux!*—se decía Alvaro en hebreo, tan enérgico y expresivo y filológico, *yea hi hor, waye hi hor*, recordando sus clases de la Universidad de Salamanca. Las campanas de las monjas dominicanas, de cuya iglesia salía el Rosario de la Aurora, en la plazuela recatada, hierbosa, de la Trinidad, comenzaron a voltear alborozadamente, cual en los días de las magnas fiestas seglares. Y comenzaron a voltear también, como si tocasen a rebato en los días de la Comunidad segoviana, las campanas de la parroquia de San Miguel.

¡Ya venía el Rosario de la Aurora!... ¡Ya estaba a pocos pasos de Alvaro la procesión! Y el rumor de unas músicas centenarias, tristes, plenas de un encanto medieval, que sólo se oyen en estos clásicos y tradicionales Rosarios o tal vez en la procesión de la Bula, en días de Cua-

resma, llegaban hasta él. La cruz procesional, portada por un fornido lego dominicano, entre dos ciriales, pasó a media luz, a una luz de ensueño, por el arco de entrada de la Plaza, entre las compactas filas de espectadores, mozos casi todos ellos, y muchos, caballeros cadetes. Y detrás de la cruz y detrás de las apretadas filas de las señoras y de las señoritas que llevaban velas encendidas, cuyo tímido y parpadeante resplandor emprendía al airecillo de la mañana, un tremante vuelo de mariposa; detrás de esas devotas madrugadoras que iban alumbrando en incontable número, pasó la imagen de Santo Domingo de Guzmán, precedida por un primoroso estandarte. Detrás del Santo castellano iban la banda de música del Hospicio y las niñas hospicianitas, con las Hermanas de la Caridad... Un claro en el cortejo... Luego, unos frailes, que van entre las filas poniendo orden en la procesión. Y más señoras y señoritas, muchas—entre estas Beatriz y su madre con sus amigas Verónica de Carrió, Enriqueta Sanz y las hijas de la marquesa de Manzanos—, tocadas todas con la negra mantilla. ¡Qué hermosísima iba con ella la señorita de Pacheco, un poco más pálida que de costumbre por el madrugón! Una *Dolorosa* de Salcillo o de Juni, creyó ver Alvaro en Beatriz cuando la divisó entre las devotas, vistiendo un traje *tailleur*, azul marino, que le daba una distinción principesca, y que llevara la mañana de las vueltas por el mercado y del coloquio de la plazuela de la Merced.

Más balcones que se abrían en la Plaza; más albos visillos que se levantaban, dejando ver algún pálido rostro, falto de sueño. Mas grande y penetrante la célica poesía de la mañana, y mas sutil y avasalladora la emoción que de Alvaro se adueñara en faz del Rosario de la Aurora. Más recios y clamorosos los toques de las campanas de San Miguel, y más fuerte en el ánimo de Guevara el poder incontrastable del recuerdo, que le hacía revivir, viendo desfilar la procesión, en el siglo XVI de nuestra historia o en los tiempos dieciochescos; los tiempos de las ingenuas sonatinas de Scarlatti, que escucharon las frondas de la Granja, de los solemnes oratorios de Händel o de Haydn, de las fugas de Sebastián Bach, del *Stabat Mater* de Pergolesi, de las plácidas melodías de Gluck, de Cimmarosa, de Paisiello; los tiempos de las Corregidoras—«¡también la Corregidora es guapa!», musitaba Alvaro, recordando el «Sombrero de tres picos» de Alarcón—y de los corregidores con sus albas y rizadas pelucas y sus crugientes florlizados casacones sedenios; de los cuadros de Wateau, de Fragonard, de Buchner, de Lauret, de Boucher, del gentilísimo minuetto del *Don Juan*, de Mozart, o del de Bocherini.

¡Qué larga era la procesión!... Otro estandarte con la imagen de la Virgen, ricamente bordado, entró en la Plaza. Y un poco después del estandarte, y entre unos grandes y artísticos farolones de época, apareció la Virgen del Rosario. Y el lucero que destellaba con el claror vivísimo sobre el ábside de la Catedral, se ocultó de pronto, al llegar la Virgen al promedio de la Plaza, entre los religiosos sonos de una marcha. Y he aquí que cuando pasaba la Virgen junto al palco de la música, vió Alvaro que unas cuantas palomas que por allí anidan, suspendieron su vuelo, y al ras de tierra, y casi al lado suyo, presenciaron también ellas la procesión. Y cuando la Virgen del Rosario hubo pasado, batieron sus alas hacia la inmensidad azul; detalle, este, que le conmovió mucho. Tras de la Virgen seguían varios frailes dominicos, y unos devotos, acaso de la Orden Tercera. Y cerrando dignamente el cortejo iban el Obispo, con guantes morados, la violácea birreta a la cabeza, y subiendo con la mano derecha el embozo del manto hacia la boca, a causa del relente. Y junto al Obispo iban el alcalde y dos concejales. La procesión dobló la calle Isabel la Católica, y Alvaro se incorporó a ella, poniéndose casi al lado del señor Obispo y del alcalde, sus amigos, y no muy lejos de Beatriz.

Y fué desfilando el sacro cortejo a lo largo del Real del Carmen, por la plaza del Azoquejo, por debajo de los arcos del Acueducto—¡qué mara-

viloso y qué nuevo le pareció a Alvaro en esas horas!—y por las largas y umbrosas alamedas, húmedas del rocío, hasta entrar en la Cueva de Santo Domingo—alli concluía la procesión—en el regio convento dominicano de Santa Cruz, trocado en establecimiento de la Beneficiencia provincial. En el jardinillo de la Cueva saludó Alvaro a Beatriz y a su madre, y a las amigas de la señorita que iban con ellas. Y en la Cueva oyeron misa que dijo un dominico. Las Hermanas de la Caridad, tan favorecidas por las cuantiosas y continuas limosnas que doña Luisa Mesia de Pacheco hacía a la Casa, les sirvieron, amabilísimas, el chocolate, con las apetitosas tortas segovianas. Desde la Cueva de Santo Domingo, y a propuesta de Alvaro, fueron poco a poco, en gratísima chachara, al través de las seculares y numerosas alamedas de aquel *paraíso terrenal*—según el popular estribillo—que media entre los Huertos y el famoso monasterio del Parral, de la Orden jerónima. Quería Guevara que bebiesen todos de una fresca y rumorosa fontica que allí brota, al pie del monasterio. En verdad que la Alameda estaba en esa mañana del cuatro de agosto, deliciosísima; y tal les decía a la señora y a las señoritas yendo junto a unas humildes casas entre los árboles, poco antes de llegar al puente que baja de la Inclusa, y que mucho le atraían sin saber por qué. Cerca de esas casas él había cogido una tarde, al albor de la primavera, y siendo estudiantillo del Instituto, un manojo de hermanas violetas para Beatriz; una chiquilla entonces, viniendo ella con su papá y con Javierito de visitar a las monjas de la Inclusa.

Entraron todos en el Parral, deteniéndose un rato en el Claustro, ya medio derruido, y en el que pastaban unas cuantas cabritas. ¡Qué melancolía, qué desolación la de ese Claustro, donde Alvaro creía oír siempre que lo visitaba, los sombríos trenos jeremíacos! Por entre aquellos arcos, medio en ruina, y por cuyas columnas trepaban, abrazándose a ellas, las lozanas enredaderas, los rosales, las violáceas campanillas, las tristes y emblemáticas pasionarias, la hiedra, las zarzas, gemía la brisa plañideramente, y aleteaban, piando, los vencejos, las golondrinas, los gorriones. En el patio, con aspecto de un cementerio monacal, crecía impunemente la hierba, y toda una agreste y campesina flora. Alvaro sentía allí esa tristeza que se adueña del alma en faz de todas las majestades caídas; e igualmente la sentía Beatriz. Luego, en la iglesia, ¡con qué pena contemplaron, en el fondo de las capillas, las afiligranadas hornacinas sin imágenes! ¿Quién había pasado por allí? ¡El tiempo, que nada perdona, que todo lo corroe y lo destruye; o los hombres, que corroen y destruyen todavía más implacablemente y con más fiero ultraje que los siglos?

Aún quedaban allá en lo alto, ya maltrechas, las ojivas, las primorosas y delicadas ojivas, que requerían un punto, un sólo punto, un centro; de igual suerte «con que buscan las tortuosidades y los recovecos de nuestra pobre vida, de un día—en frase de un poeta amigo de Alvaro—la unidad perenne y absoluta, y la absoluta belleza, y el último y supremo y definitivo y absoluto amor.» Por aquellas ojivas, en cambiantes y policromías del todo irrales, los buenos antepasados suyos.—evocaba Alvaro en la mañana esa—creyeron ver llegar, en las solemnes fiestas monásticas de pretéritos tiempos, algún trasunto, algún atisbo del claror divino de la Gloria. Aún quedaban las altas y airovas bóvedas, ornadas por recias y soberbias claves... Pero, ¿dónde, dónde las cálidas y aladas oraciones, y las nubes de oriental incienso, que ascendieron por ellas a lo infinito? ¿Dónde los estalos de nogal, de prodigiosa talla, de aquel gran Coro, henchido todavía por el grave eco de los salmos de los religiosos, por los acentos líricos del órgano, por el clamor sublime de la orquesta, pues fueron ellos, los jerónimos, consumados y célebres artistas músicos? Aún en pie, la torre gentilísima, renaciente, sobre la puerta de entrada, en la que se arrullaban, abriendo cual una suave estela de rumores en el sosiego de la mañana, unas palomas. Y en esa puerta, las estatuas de

granito de unos santos, en hieráticas actitudes, y unos doctores de la Iglesia, que leen, sin concluir nunca su lectura, en las páginas de reveladores libros de piedra. Pero en esa torre no sonaban ya las campanas, volteando alegres en las grandes conmemoraciones litúrgicas; esas campanas habían enmudecido ¡sabe Dios hasta cuándo! Aún se conservaban el hermoso retablo plateresco del presbiterio, y los dos sepulcros alabastrinos, adyacentes, singular prez del arte... Pero por lo demás, ¡qué ruina, qué desolación en todo el templo! Daba pena—les decía Alvaro a doña Luisa y a las damiselas—ver en la Sacristía, de lindísima puerta gótica, el gran fresco casi del todo destruido, recordando la última comunión de San Jerónimo, y aquel admirable púlpito, sin predicadores, ni lectores!

Hacia los sepulcros del presbiterio fueron Alvaro y Beatriz, quedando la madre de ésta y las amigas en medio de la iglesia. ¿Qué imán tenían para ellos esos sepulcros de los Marqueses de Villena, para que así los atrajesen? El sepulcro de él, el del Marqués, con aquel primoroso relieve de Cristo muerto, entre el llanto desolado de la Virgen Madre, de las santas mujeres y de los discípulos; y teniendo la Virgen en su maternal regazo al Hijo exánime, como para recordar a aquellos cristianos esposos, de tan clara estirpe, que allí yacen, la majestad suprema del dolor, del divino dolor, que está muy por encima de todas las majestades de la tierra. Y está el Marqués de Villena, que en vida fuera de bizarra prestancia, y valiente, y docto, decidor, donairoso, devotísimo, y gran caballero, está en su sepulcro, puesto de hinojos, con las manos plegadas, ceñido el pecho por la férrea cota, y con el lloroso pajecillo acodado melancólicamente sobre el yelmo. Y en frente, al lado de la epístola, el sepulcro de su mujer, doña Beatriz Portocarrero, de expresión plácida, de noble y reposada actitud, vestida con suntuosa veste de Corte, juntas las manos en oración extática, y con alguna de las dueñas que la rodrigarán, al pie de ella, y bajo otro relieve policromo, de Cristo tendido.

Beatriz y Alvaro no podían apartar sus ojos de esos sepulcros de los antepasados de la señorita. «¡Juntos están!» dijo ella, quedamente. «¡Juntos están!...» repitió Guevara. ¿Duermen? ¿Sueñan? Y remembró el monólogo *shakespiariano* de Hamlet, interrogando el Príncipe a néis al arcano misterioso de la muerte.

—Yo creo que sueñan, Alvaro—repuso Beatriz—. ¿Cuáles serán sus sueños? ¡Pero si en el cielo, en donde ya están ellos, no se sueña! ¡Si allí—dicen mis libros devotos, y oigo decir a los predicadores—el sueño de toda la vida se ha trocado en una felicísima y eterna realidad!

—Beatriz, ¡qué cosas dices!... ¡y qué razón tienes!... Tus ilustres antepasados los Marqueses de Villena, ya no duermen, ya no sueñan; porque gozan, después de la transfiguración de la muerte, de la visión beatífica de Dios...

—¡Juntos están!...—volvió a decir Beatriz, cuando ya su madre les decía en medio de la

iglesia, que bastaba de ver los sepulcros de sus deudos y de ver el Parral.

—¡Juntos, Beatriz!—repitió, cual un eco de las palabras de ella, Guevara. *Quod Deus conjunxit, homo non separet*, según nos decía en la Universidad de Salamanca nuestro catedrático de Derecho Canónico.

—¿Qué quieren decir esos latines, Alvaro?—le preguntó curiosa la doncellita.

—Pues mira, Beatriz, «que lo que Dios unió no sea separado por el hombre». ¿No te gustan estas palabras evangélicas?

Calló ella, y prosiguió Alvaro diciendo, sin dejar de contemplar los sepulcros: los «amores de un día», de los que Lacordaire habló con profunda lástima, se han transfigurado, y en cierto modo divinizado, ante los desposorios de la muerte, para esos muertos que estamos viendo, y para todos cuantos fueron semejantes a ellos.

—Mira, Beatriz, ¿no oyes cómo los labios de esas estatuas están murmurando suavemente las palabras que te acabo de decir, del capítulo XIX del Evangelio de San Mateo? ¿No las oyes?

—Vámonos, Alvaro; mamá nos llama—contestó Beatriz, saliendo de su ensueño.

—Sí, vámonos, Beatriz; pero déjame que te diga antes otras palabras, fragantísimas, epitalámicas, del «Cantar de los Cantares»: «el amor es más fuerte que la muerte».

—¿De verdad, Alvaro, que lo es?...

—Y déjame que diga adiós, «hasta otro día si Dios quiere», a tus parientes, y algo míos también, recordando los versos que compuso Jorge Manrique a la muerte de su padre el Maestre de Santiago, don Rodrigo;

¿Qué se hizo el Rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galán?
¿Qué fué de tanta invención
como trujeron?
Las fiestas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?
Las dádivas desmedidas,
los edificios reales,
lentos de oro;
las baxillas tan febridas,
los Enríques y los reales
del tesoro:
los jaeces y caballos
de su gente y atavío,
tan sobrados,
¿dónde iremos a buscarlos?
¿qué fueron sino rocío
de los prados?

¡Todo acabó, Beatriz! ¡Pero nunca acaba el amor bueno!

Descendieron por las gradas del presbiterio y fueron a juntarse con los otros.

—Pero, ¿qué letanía le estabas rezando a

Beatriz?—le dijo la señora—. ¿Qué «latines», qué versos eran esos que desde aquí te oíamos salmodiar? ¡Contigo nos eternizaríamos aquí en el Parral!... ¡Despidete de los muertos y vámonos al mundo de los vivos!... Además, chiquillo y poeta, ni Javier ni Javierito querrán salir de casa e ir a la misa de once de la Catedral sin antes vernos.

En el jardín, silencioso, encañonado, cogió Guevara unas bellas flores que ofreció galante a la señora, y a Beatriz y a sus amigas, a tiempo en que le decía humildemente a doña Luisa:

—¿No querrá usted que antes de volvernos a casa por el puente de la Moneda, veamos otra vez la «Vera Cruz»? Y si a usted le parece, y si les parece bien a estas señoritas, iremos por el camino alto, para ver mejor la ciudad.

—¡Jesús, hijo, Alvarito!—replicó la señora—, ¿todavía más caminatas, y por ese camino que tú quieres, camino de cabras? ¡Y con este calor de Agosto que aprieta, y nosotras sin sombrillas, creyendo que a las seis o seis y media estaríamos en casa? ¡Y entre uno y otro, son las diez menos cuarto!...

—Sí, mamá, mamaita—dijo Beatriz—. Vámonos a ver la *Vera Cruz*; ¡hace tanto tiempo que no la he visto!... Y no sé porqué dices que hace calor, cuando corre un airecillo serrano que da gusto... ¡Vámonos a la *Vera Cruz*!... ¿Cuándo volveremos a vernos en otra?

—Sí, doña Luisa; usted que es la amabilidad en persona, sea usted amable una vez más—añadió Alvaro...

—¡Vámonos, vámonos a ver la *Vera Cruz*!—exclamaron a una, batiendo palmas, Verónica Carrió y las hijas de la Marquesa de Manzanos y Enriqueta Sanz—. ¡Un día es un día! Y además, doña Luisa, ¡hemos sido tan buenas dándonos el terrible madrugón de hoy para ir alumbrando en el Rosario de la Aurora! Bien merecemos algún premio...

—¿Quién puede negaros nada a vosotras, chiquillas, ni a Alvarito, más chiquillo aún que vosotras?—repuso sonriente y bondadosa la dama—. Vamos, vamos; y manda tú, Alvaro, a uno de estos chicos que están a la puerta del Parral, que va, a decir a casa que nos manden el coche a eso de las once y media, al pie de la *Vera Cruz*, en la carretera. Pero con la condición de que no nos entretengas con tus historias, como en el Parral, pues si no tenemos *Vera Cruz* para rato...

—Gracias, mamá, querida—dijo Beatriz besando a su madre.

—Gracias, doña Luisa—dijeron Alvaro y las señoritas.

Alvaro llamó a uno de los humildes chicuelos que jugaba con otros en la puerta del Parral, y poniéndole una pesetilla ante los ojos—y los del niño se encandilaron al verla luego en la palma de su mano—le mandó a la calle de la Canonía, al palacio de Pacheco, para que tuviera el coche junto a la *Vera Cruz*, a la hora en que lo quería la señora. El chicuelo partió como un rayo, volando, más que corriendo.

ADOLFO DE SANDOVAL

PANORAMAS ESPAÑOLES

Granada.

Canta el Darro la noche perfumada
y sueña el Albaicín...; un alma mora
puebla la Soledad y errante llora...
¡Viajeros, contemplad: esa es Granada!

Sus fuentes entre flores, dan serenas
un eco de cristal...; mientras dormita
en la roja muralla nazarita
el silencio mural de las almenas...

Ya, guzlas y ajimeces y alarifes,
perlas de surtidor, Generalifes,
fiestas del Zacatin y ecos de zambra,

murieron de Boabdil en las queréllas...
¡y sepulcro el Islam halló en su Alhambra,
hecha en rosas de Harem y luz de estrellas!...

Sevilla.

Ojos de sol; y labios, como claveles;
alcázares de Oriente; gratos aromas
que ascienden hasta el cielo, de los vergeles
donde tiernas se arrullan albas palomas.

Alegría, toreros, blondas y flores...;
fulgor de hojas que evocan las cimitarras
¡y canciones dolientes que hablan de amores,
suspirando en las cuerdas de las guitarras!...

Danzas en que la luna morisca, brilla
entre dorada espuma de manzanilla...;
cintas, lazos, divisas de sangre y gualda...;

banderas tremolando, con suave ondeo
¡y el alegre y vibrante repiqueteo
de todas las campanas de la Giralda!...

Toledo.

Una ciudad, emporio de viejas tradiciones,
descansa junto al Tajo, que sus cimientos baña...
¡Es la encarnación viva, de la pasada España,
que se alza, coronada de altivos torreones!...

Castillos visigodos; moriscos murallones;
cristianos monumentos que un velo arcaico empañan,
revelan, de tres razas la indómita campaña,
que ha legado a los tiempos tan preciados blasones!

Del manto de la Historia como heráldico broche,
el Imperial escudo, resplandece en la noche;
y es del ampo de estrellas a la luz tersa y grata

una esfinge de Gloria cada mole de piedra
al soñar el Pasado sobre un lecho de yedra,
que la luna constela, con sus besos de plata...

FEDERICO DE MENDIZÁBAL Y GARCÍA LAVÍN.
Maestrante del Real Consistorio.

MEDITACION OTOÑAL

El culto a los muertos, tan bellamente representado por las suntuosas ceremonias egipcias y la veneración a los Dioses Lares, es una de las normas que no sabemos seguir de la antigüedad.

La idea de seguir en contacto con los muertos, inspirándose en ellos, aquella más primitiva de surtir a los difuntos de abundantes provisiones (menos egoistas en tiempo de Tutankamen, no hacían del «hollo» un privilegio de los vivos), nos da a entender la gran trascendencia que tuvo en otros tiempos el culto fúnebre.

Un día solo en el año consagramos—ahora, de una manera relativa—a los muertos.

Es el día en que los habitantes de las grandes ciudades como los de pequeñas poblaciones, llevan a sus muertos la melancólica ofrenda de las flores de Otoño.

Por el camino ondulado que lleva de Toledo a su Necrópolis, he visto desfilar innumerables personas enlutadas, portadoras de grandes coronas (pretenciosas y raras) de flores artificiales, hermosos ramos de crisantemos y otros, más modestos, de flores, humildes las más conmovedoras de todas. En esta época muerta, que no caracteriza precisamente el sentimiento, resulta un tanto difícil, ensalzar el Otoño y la muerte. Han sido tantos los poetas que pusieron en versos de todas clases, la tristeza de los crepúsculos y la caída de las hojas...

Pero hay momentos como este, en que al ver

ditujarse, sobre un cielo plomizo, vagamente teñido de rosa, los cipreses del camino que conduce al cementerio, el espíritu menos «Lamartiniano» dejaríase llevar a una meditación melancólica.

La tristeza de la muerte no consiste sólo en dejar de vivir. No se muere si se persiste. Pero, al desaparecer toda huella de los que «se calla-

Solo en casos excepcionales, logramos combatir ese fatal olvido. La muerte es lo único ajeno a la vida, y es la vida lo que nos arrastra, obligándonos a seguir su curso.

Llega un día en que lloramos a un muerto muy querido con menor amargura que de costumbre...

Sentimos entonces la posibilidad de olvidarlo. Y esa tristeza de olvidar a un ser, es acaso más honda que el dolor de haberlo perdido.

A medida que pasa el tiempo, el recuerdo de nuestros muertos se ha borrado, como si libres de todo humano egoísmo, no quisieran ocupar ni un sitio en nuestra vida. Y son como sombras que se van alejando, en las que pensamos con menor dolor que melancolía.

Los cipreses del camino dramático se destacan ahora sobre un cielo gris opaco, uno de esos cielos que nos hacen comprender la pintura de Theotocópuli. Levemente estremecidos por el viento, los cipreses dan la ilusión singular de una larga procesión de penitentes.

Y es como si ellos también, llevando el peso de un secreto y de un dolor, es decir, humanizados, se inclinaran hacia los muertos que duermen a su sombra...

Los pobres muertos que vuelven a quedar solos, bajo el cielo y las flores de Otoño.

AGUSTIN DE FIGUEROA.

Buenavista (Toledo), Noviembre.



El Conde de Romanones con sus hijos Agustín y Eduardo y sus nietos en el jardín del Palacio de Buenavista, finca del siglo XVII, que perteneció al Cardenal Sandoval y Roja y que acaba de ser adquirida por el expresidente del Consejo.

ron para siempre», en nuestra memoria, sobre todo en nuestro corazón, es cuando los muertos mueren definitivamente.

España, España Recordemos su pasado, contemplemos su presente, pensemos en su porvenir. Es la Patria.



EL MAÑANA

En la recia lucha del vivir, diaria, hagamos un alto, mujer adorada, por soñar un poco con nuestro mañana.

Yo sueño con una casita muy blanca, muy breve y tranquila, muy limpia y cuidada, donde nuestros hijos vivan a sus anchas bajo la caricia de nuestras miradas; una casa humilde de paz aldeana, con corral y huerta, tierras de labranza, un establo tibio y un pozo con agua muy pura; tan pura como lo es tu alma.

JUAN DE AVILÉS

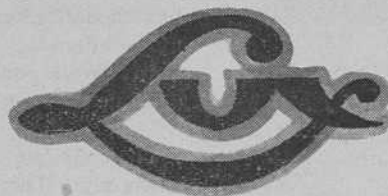
Dibujos de A. Soler Espiaúba.





*El sueño dorado
de todas las doncellas*

es poseer un



• LIMPIA •

• DESINFECTA •

• PERFUMA •

MADRID: Avenida Conde Peñalver, 14. - Teléfono 60-42 M.

BARCELONA: Rambla de Cataluña, 15. - Teléfono 498 A.

BILBAO: Astarloa, 2. - Teléfono 22-99.

SAN SEBASTIAN: Avenida de la Libertad, 36. - Teléfono 656.

AGENCIAS: Sevilla, Zaragoza, Valencia, Oviedo, Vigo, Santander, La Coruña, Gijón, Las Palmas, etc., etc.

Mundo Mundillo...



EL Comisario Regio del Turismo marqués de la Vega Inclán ha obsequiado con un almuerzo, en Lhardy, a los representantes extranjeros de turismo, que asistieron al Congreso de Barcelona. A la íntima fiesta asistieron, además, el duque de Tetuán, ostentando la representación del jefe del Gobierno, que envió una caja de habanos a los comensales; el marqués de Valdeiglesias y don Eduardo Palacio Valdés.

Al final del almuerzo pronunciaron elocuentes discursos el marqués de la Vega Inclán, M. Junot y el duque de Tetuán.

SE ha mandado expedir carta de sucesión en los siguientes títulos:

Marqués de Martorell, a favor de don Manuel Alvarez de Toledo y Samaniego, marqués de Casa-Pontejos, con grandeza, conde de Villapaterna; Marqués de Villa Alcázar, a favor de don Francisco González de la Riva y Vidiella, y conde de Berlanga de Duero a favor de doña María del Milagro de Romrée y Palacio.

POR doña María Victoria Fernández de Velasco y Knowles se ha solicitado la rehabilitación de los títulos de marqués de Belmonte, marqués de Caracena, marqués de Frechilla y Villarramiel, marqués de Jarandilla, marqués de Villar de Grajaneros, conde de Alcaudete, conde de Colmenar de Oreja, conde de Deleytosa, conde de Haro y conde de Salazar.

RECIENTEMENTE se han verificado, en la Iglesia de las Comendadoras de Santiago, el cruzamiento de don Antonio Cassani y Queralt, hijo de la condesa viuda de Giraldeñi y el de don Ramón Sáinz de los Terreros y Gómez de las Bárcenas.

Las dos ceremonias las presidió S. A. el Infante Don Fernando. Al primero lo apadrinó el conde de Cedillo y al segundo el marqués de Montalvo.

El señor Sainz de los Terreros, como recuerdo de su ingreso en la Orden de Santiago, ha obsequiado a sus amistades con elegantes sortijeros de alabastro y bellas cajas de cerámica de Capo di Monte, llenos de exquisitos bombones, de la aristocrática confitería «La Duquesita».

EN el convento que las Carmelitas Descalzas tienen en Getafe ha tomado el hábito de dicha Orden la señorita Amalia González Arnao y Amar de la Torre.

Su Santidad envió un telegrama dando su bendición a la novicia, a su familia y a la comunidad.

HAN dado a luz últimamente preciosas niñas: la señora de Saavedra y Gaitán de Ayala (don Enrique); la de Miguel, hija de los condes de Villapadierna; la de Marraco, hija de los condes de Coello; la de Luca de Tena (don Eduardo), nacida Alvar y Sánchez Guerra y la de Castell (don José María), nacida Carmen Sepúlveda.

EL oficial de la Armada don Alvaro Vázquez Armero, hijo de los marqueses de Sancha, ha recibido muchas felicitaciones con motivo de haberle sido concedida la Medalla Militar.

LOS condes de Jiménez de Molina han dado en Biarritz un almuerzo, al que asistieron mistress Hope Vere, madame Larivière, el marqués de Somosancho, el vizconde de Suzannet y otras conocidas personas.

A la inauguración de la temporada de caza en la Venta de la Rubia concurrieron numerosos aficionados, entre ellos el duque de Gor, los marqueses de Perales, Guad-el-Jelú y Tolosa; conde de Lérica y los señores Ruiz de Castilla y Bertrán de Lis.

SE han celebrado, en diferentes cotos, animadas cacerías. A la celebrada en la hermosa finca de Arauzo, que los marqueses de Ivanrey poseen en Peñaranda de Bracamonte, asistieron el marqués de Amurrio, don Honorio Maura y don Darío López, de Madrid, y don Valeriano Sánchez Maestre, de Peñaranda.

En el coto llamado «El Cerrajero», en Sierra Morena, hubo una montería, en la que se cobraron treinta venados. Tomaron parte en ella los duques de San Fernando y Nájera; los marqueses del Mérito, Pidal, Santurce y Amparo; condes de Artaza y de San Antonio de Vista Alegre; vizconde de la Armería, y señores de Pickman, Ibarra, Revuelta, Melgarejo (don Luis y don Carlos), Gamero Cívico, Villota, Henríquez de Luna, Ortega e Iradier.

EN la Embajada de los Estados Unidos se ha celebrado una comida ofrecida por el embajador, señor Alexander Moore, y su sobrina, Mrs. Martin, al presidente del Directorio militar general Primo de Rivera.

También ha habido recientemente un almuerzo en la Embajada de Inglaterra, al que asistieron, entre otras personas, el Presidente del Directorio, y el Presidente del Consejo de Ministros de Egipto.

MISTER John F. Martin, que ha sido hasta ahora secretario de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, ha marchado a Roma, adonde ha sido destinado por su Gobierno con igual cargo.

HAN presentado a S. M. el Rey sus cartas credenciales los nuevos ministros plenipotenciarios de Austria, señor Alfredo Grünberger, y de Chile, don Enrique Rodríguez de Mendoza.

El primero representa también a Austria en París. El segundo es un diplomático, político y literato de gran talento, que se ha significado siempre por su espíritu liberal y su amor a España.

EL embajador de España en la República Argentina, marqués de Amposta, ha llegado a Madrid, en uso de licencia, procedente de Buenos Aires.

El distinguido diplomático, que se ha captado en aquel país muchas simpatías por sus acertadas gestiones, encaminadas a afirmar los lazos de afecto entre España y la Argentina, permanecerá cuatro meses entre nosotros.

SE encuentra en San Sebastián el ministro de España en Viena y notable poeta duque Amalfi, que también en uso de licencia ha pasado una temporada en España. En breve regresará a Austria.

COMPRE EN SEGUIDA

EL JUEGO CHINO

: DE MODA :

MAH-JONGG
POPULAR

EL MAS ECONÓMICO

APRENDERÁ A JUGAR

: EN UNA SESION :

PRECIO: 2 PESETAS
PROVINCIAS, 2,50

EDITORIAL PAEZ
FERRAZ, 50 y LIBRERIAS

Notas de pésame

EN Barcelona ha fallecido la respetable señora doña Ana Girona, viuda de Sanllehy, primera marquesa de Caldas de Montbuy, muy apreciada en toda Cataluña.

Este título, de creación todavía reciente, fué solicitado por la villa del mismo nombre, reconocida a los muchos beneficios que de aquella caritativa dama tenía recibidos, y a la demanda se sumaron numerosas entidades barcelonesas, que, en una u otra forma, de doña Ana Girona habían merecido apoyo y protección.

Ostentaba también la finada la banda de Damas nobles de María Luisa y la Cruz de Beneficencia.

Hija de don Manuel Girona, patricio ilustre, de recuerdo perdurable en Cataluña, se unió en matrimonio con don Domingo Juan Sanllehy, alcalde que fué de la ciudad condal, nombrado por el partido conservador en momentos verdaderamente excepcionales, de los cuales supo salir airoso con el más unánime aplauso y respeto de sus conciudadanos.

Del matrimonio quedan cuatro hijos: don Carlos, conde viudo de Solterra, mayordomo de semana de Su Majestad; doña Agueda, casada con el marqués de San Román de Ayala; don Juan Bautista y don Manuel, este primer conde de Caldas de Montbuy.

A todos ellos acompañamos en el duelo que les aflige y que ha compartido toda la sociedad barcelonesa.

HA fallecido en Madrid el general de brigada don Hipólito Méndez de Vigo y Ortega, persona muy conocida y estimada en los círculos sociales.

Durante los primeros años de su carrera hizo la campaña del Norte; después ingresó en el Real Cuerpo de Guardias Alabarderos, siendo oficial mayor durante mucho tiempo, y conquistando y mereciendo, por su lealtad y sus servicios, el aprecio de la Real Familia.

A su viuda, doña Dolores Fernández Shaw, y a sus hijos, los señores de Madariaga (don Jesús) y de Balanzat (don Luis) y al resto de la familia, enviamos la expresión sentida de nuestro pésame más cariñoso.

VÍCTIMA de un accidente de automóvil, ocurrido en la carretera de Cáceres a Salamanca, ha muerto la distinguida señora doña Sol Díaz Agero de Cortés, cuya pérdida ha sido muy sentida en la sociedad de Madrid.

Era hija de los difuntos condes de Malladas y hermana del actual poseedor del título y de don Alfonso, ex presidente de la Diputación Provincial de Madrid.

Estaba casada con el general don Manuel de Cortés, y deja de su matrimonio seis hijos.

Nos asociamos al duelo de la respetable familia.

EN su residencia de Chantilly ha fallecido, a la avanzada edad de ochenta y un años, la Princesa Francisca María Amalia, de la Casa de Orleans, Duquesa de Chartres por su matrimonio, hija del almirante Principe de Joinville.

La finada Duquesa hacia una vida muy retirada desde hace muchos años.

Por su muerte visten de luto muchas ilustres familias de la nobleza francesa.

CONTINÚA recibiendo muchas manifestaciones de pésame la ilustre familia del duque de Osuna, fallecido recientemente, a consecuencia de una operación, en San Sebastián.

El hijo y heredero de aquel Duque don Francisco de Borja Tellez Girón y Fernández de Velasco, de grata memoria, ha sucumbido en plena juventud, llenando su muerte de dolor el hogar recién formado, en el que tantas horas felices se esperaban.

Nosotros nos asociamos muy cariñosamente a estas manifestaciones de pesar que reciben la duquesa viuda y los demás parientes allegados del duque de Osuna.

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES

Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.



Gran Peletería Francesa

VIL OMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES CONSERVACION

MANTEAUX DE PIELES

Carmen, núm. 4. — MADRID. — Tel. M. 33-93.

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75

Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - BARATRAVA, 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS

SIEMPRE NOVEDADES

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17



CHENIL DU CHASSEUR

36, Rue de Garches
St. Cloud. — FRANCIA

Venta de perros todas razas, amaestrados.
Exportación todos países.

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41. — MADRID

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS — BOLSILLOS — SOMBRILLAS — ESPRIT
Preciados, 13. — MADRID — Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

CALLE MAYOR, 6 Y 8, 1.º — MADRID

Capital social. . . } 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

Estudio fotográfico ANSTA

Especialidad en fotografías en color, imitación mi-
niatura. La exposición instalada en el mismo salón
puede ser visitada todos los días de once a una y de
cinco a siete.

Conde de Peñalver, 19

y Victor Hugo, 1

Teléfono 911 M.

MADRID

UNA OBRA IMPORTANTE Y UTIL

- GUIA DE LA GRANDEZA -

Historia genealógica y heráldica de todas las casas

que gozaron de esta dignidad nobiliaria por

DON JUAN MORENO DE GUERRA Y ALONSO

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

PRECIO: 35 PESETAS

Los pedidos al autor, calle de Andrés Mellado, 8

"Vida Aristocrática"

REVISTA DEL HOGAR

SOCIEDAD-ARTE-DEPORTES-MODAS

Se publica los días 15 y 30 de cada mes.

Director propietario: Enrique Casal (León Boyd)

Director artístico: César del Villar

Redactor jefe: Guillermo Fernández Shaw

ADMINISTRACION: Goya, 3. Tel. S-583. MADRID

CASA FRANZEN

FOTOGRAFIA: Príncipe, 11. Teléfono M. 835

FELIX TOCA

Bronces-Porcelanas-Albanicos-Sombrillas-Camas-Herrajes de lujo-Muebles-Arañas

MADRID - Nicolás María Rivero 3 y 5 - Tel. 44-77. M

Decir Chocolates

MATIAS LOPEZ

es decir los mejores Chocolates del mundo

ELIXIR ESTOMACAL

DE SAIZ DE CARLOS (STOMALIX)

Lo recetan los médicos de las cinco partes del mundo porque quita el dolor de estómago, las acedías, la dispepsia, los vómitos, las diarreas en niños y adultos que, a veces, alternan con estreñimiento, la dilatación y úlcera del estómago, siendo utilísimo su uso para todas las molestias del

ESTÓMAGO é INTESTINOS

VENTA: Serrano, 30, farmacia-MADRID y principales del mundo.

PARA EL TOURISTA

TODO VIAJERO AFICIONADO
A CUESTIONES ARTISTICAS
ENCONTRARA UNA UTILIDAD
EXTRAORDINARIA Y UN VER-
DADERO DELITE LEYENDO
LOS SIGUIENTES LIBROS:

El Monasterio de Piedra.

Por tierras de Avila.

Una visita a León.

Vistas de Segovia.

POR

LEON ROCH

De venta en las principales librerías

CASA JIMENEZ

Aparatos fotográficos, relo-
jes, joyería y artículos para
regalo y viaje.

PRECIADOS, 58 Y 60

PRAST

FOTOGRAFIA ARTISTICA

Carrera de San Jerónimo, núm. 29

MADRID

Hijo de Villasante y Cía.

OPTICOS DE LA REAL CASA

10, Príncipe, 10
MADRID

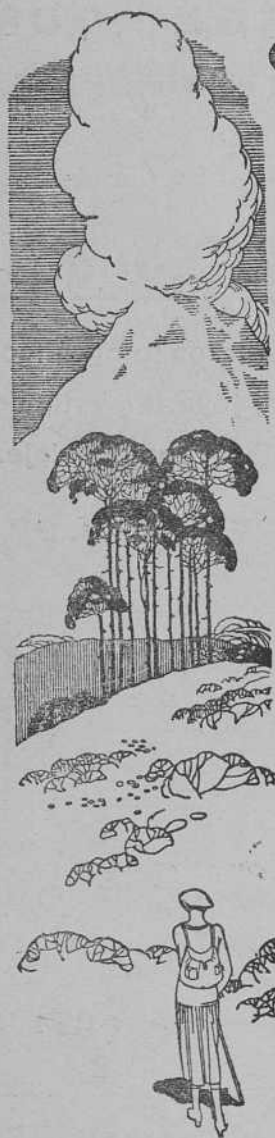
Teléfono 10-50 M.



INDUSTRIAL GRAFICA. Reyes, 21.—Madrid.



¿Qué me recuerda este olor?...



El penetrante aroma del Agua de Colonia Añeja nos recuerda los días de Primavera, pasados en las altas cumbres, respirando el aire embalsamado por los olores de las plantas silvestres: mejorana, tomillo, retama, jara, romero...

Pero la Colonia Añeja no solamente perfuma y refresca. Por su pureza y fuerza alcohólica, mezclada al agua del tocador o del baño, o usada en fricciones, tonifica los nervios y vigoriza el sistema muscular. Deja en la piel una sensación de bienestar y combate el cansancio.

Cuide usted de que no falte en su tocador. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

A G U A D E C O L O N I A A Ñ E J A

Frasco, 2,50 -- Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL: - MADRID